VERDADES AMARGAS.

Madrid 14 de enero de 1852.

Examinada por el Señor Censor de turno, y de conformidad con su dictámen, puede representarse.

PEREZ VENTO.

VERDADES AMARGAS,

COMEDIA

ORIGINAL, EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. LUIS DE EGUILAZ.

Representada con extraordinario éxito la noche del 20 de Enero de 1853 á beneficio del primer actor y director de escena don Joaquin Arjona.

TERCERA EDICION.

MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm 9
1855.

Al Sr. D. Eugenio de Ochoa,

POR DEBER, POR GRATITUD, POR CARIÑO,

Luis de Eguilaz.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARGARITA..........	DOÑA TEODORA LAMADRID.
HORTENSIA...........	DOÑA MARIA RODRIGUEZ.
D. FELIX..............	D. JOAQUIN ARJONA.
D. FACUNDO..........	D. JOSÉ CALVO.
D. LUIS................	D. MANUEL OSSORIO.
D. CARLOS............	D. VICTORINO TAMAYO.
UN CRIADO............	D. SANTOS NOMBELA.

El primer acto en Sevilla, los restantes en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de D. Felix: puerta al foro, por la que se ve el patio adornado al gusto de Sevilla; otra puerta á la izquierda del actor; un cierro de cristales á la derecha, cubierto con una cortina listada; cuadros de la escuela sevillana, entre los que habrá algunas copias de Murillo.

Un sofá, sillones, una mesa, sobre esta un espejo, rinconeras, un velador y otros adornos, todo un poco anticuado, es lo que constituye el mueblaje de la habitacion.

ESCENA I.

D. Felix, D. Facundo.

(Aparecen sentados en primer término.)

Felix. ¿Con que al fin sin alborotos
triunfa su candidatura?
Facundo. Por mayoria segura
de mas de cincuenta votos.
Felix. El asunto no va mal.
Facundo. A juzgar por esa muestra...
Felix. ¡Ya, ya!

FACUNDO. La eleccion es nuestra.
Negocio hecho. ¡Qué tal!
FELIX. ¡Las cuatro! (*Viendo el reloj.*)
FACUNDO. En esta ocasion,
amigo, lo que ha de ser
acaba de suceder.
Se cerró la votacion.
FELIX. Mi ansiedad de punto crece.
FACUNDO. Mucho le interesa á usté.
FELIX. Ese jóven, ya usted ve
que todo se lo merece.
Entusiasta para hablar,
patriota, buen abogado,
va á ser todo un diputado,
no un diputado vulgar.
FACUNDO. Pero el llevarlo á ese puesto,
á que el génio le encamina,
su casa de usted arruina.
FELIX. Pist...
FACUNDO. No me esplico bien esto.
Con oro y buenos amaños
hoy de la eleccion dispone.
¿Por qué en su lugar le pone
y no sale usted?...
FELIX. ¡Los años!...
A mi edad... á nuestra edad,
con un pié en el ataud...
Deje usté á la juventud
que adquiera celebridad.
FACUNDO. ¡Ah!... ya su idea concibo. (*Con malicia.*)
¡Qué talentazo!
FELIX. Si, inmenso.
FACUNDO. Para el muchacho, el incienso,
para usted, lo positivo.
FELIX. ¡Don Facundo!..
FACUNDO. ¡Jé, jé, jé!
Si conmigo no hay misterio!
Para el chico, el ministerio,
las contratas, para usté.
Vamos... ¿le hago algun agravio?
¿No se aspira?... (¡Codicioso!)
¿Dije algo?...

FELIX. ¡Qué malicioso!
FACUNDO. Y usted, amigo, ¡qué sabio!
FELIX. Escuche usted, don Facundo.
FACUNDO. (Ya resuella por la herida.)
FELIX. Aquel que se eleva, olvida...
FACUNDO. ¿Al que le alza? (*Con su malicia habitual.*)
FELIX. ¡A todo el mundo!
FACUNDO. ¡Ya! ¡pero á usted!... ¡Eh! ¡qué tal!
FELIX. A mí... puede que tambien.
FACUNDO. Le conozco á usted muy bien.
FELIX. Me conoce usted muy mal.
FACUNDO. Si, si.
FELIX. Como en la eleccion
tanto paso ha dado usté,
vóile á decir el por qué...
FACUNDO. Vamos!
FELIX. Nada en conclusion.
Él es hijo de un amigo:
está malo, y es mi intento
ver si dándole un contento
prestarle vida consigo.
Soy tutor; es mi deber.
El nada sabe.
FACUNDO. No entiendo...
FELIX. Si saliamos perdiendo,
á qué hacerle padecer?
En una cama postrado
poco me costó ocultarle...
FACUNDO. Vaya ¿y va usted á elevarle
solo por ese cuidado?
FELIX. Si.
FACUNDO. Pues es usted cruel.
¿Por eso á su hija lleva
á la ruina?
FELIX. Ella lo aprueba.
FACUNDO. ¡Ah!... La casa usted con él!
FELIX. Don Facun!... (*Reprimiéndose.*)
FACUNDO. Ya en posicion,
aunque no posee un cuarto,
¿quién sabe? ¡Su ingenio es harto!
No es mala colocacion.
FELIX. ¡Don Facundo!... Pero vamos,

ya que tanto le hecho andar,
vaya usted á averiguar
si perdimos ó triunfamos.
Estoy con cierto cuidado...

FACUNDO. Pronto de dudas saldrá.

CRIADO. Don Carlos de Silva. (*Anunciando.*)

FELIX. ¡Ah!

(*Respirando con fuerza.*)
Que pase: Ya es diputado.

FACUNDO. ¿Cómo?

FELIX. Este le viene á ver
y mientras enfermo anduvo
nunca á visitarlo estuvo.
Es... su *amigo*.

FACUNDO. ¡Qué saber!

FELIX. ¡Eh!... ¡Si esto salta á la vista!
El sabe la novedad.
Es periodista...

FACUNDO. Verdad.

FELIX. (¡Periodista... periodista!... (*Meditando.*)
Luis diputado... ¡Qué afan!
Un periódico... ¿qué haré?)
Cuando entre, sálgase usté.
Me está aqui bullendo un plan...

FACUNDO. Ya ya...

ESCENA II.

D. FELIX, D. FACUNDO.—D. CARLOS.

CARLOS. Señores?...

FELIX. ¡Amigo!

CARLOS. ¿Y Luis? Supe que está
malo, hoy mismo.

FELIX. Ahora saldrá.
Está mejor. (Si consigo...)

FACUNDO. Pues yo voy sin dilacion...

FELIX. Si.

FACUNDO. (¡Yerno ministro! jé...
(*Ap. á D. Félix, y dándole una palmadita en el hombro.*)
Vamos, confiéseme usté

que tengo penetracion.
Felix. Mucha. (*Con ironia.*)
Facundo. Jé...)
Felix. Vuelva usted pronto.
Facundo. Si. Señores?.. (¿Qué hablarán?
Un periodista... y un plan?...
O hay mácula ó soy yo tonto.) (*Váse.*)

ESCENA III.

D. Felix, D. Carlos.

Felix. Aguarde usted. (Este chico...
(*Hojea los periódicos.*)
aunque carece de nombre
es un hombre... sí, es mi hombre.
Veamos si con él me esplico.)
¿Y *La Concordia*, va bien?
Carlos. ¡Pist! Vive.
Felix. ¿Sin resultados?
Carlos. Periódicos afamados
en provincias no se ven.
Felix. ¿Pues cómo? (Ya es mio.)
Carlos. ¡Pche!
Felix. Está bien escrito.
Carlos. Si.
¿Pero qué quiere usté? ¡Aquí!...
¡Si fuese allá!...
Felix. (Te pillé.)
¿Y dónde es allá?
Carlos. En la corte.
Lo escrito aqui nada vale.
Es *provinciano*. (*Con amargura.*)
Felix. ¿Aunque iguale?
Carlos. Aunque supere. Allí el norte
de toda esperanza está.
Felix. ¿Y usted, jóven de talento,
por qué no marcha al momento
con su periódico allá?
Carlos. ¿Y?... (*Indicando dinero.*)
Felix. ¿Pues tanto ha de costar
Carlos. ¿Si no tuviera yo apuros?

Con unos... doce mil duros
se podria bandear.
Pero ¿quién me los dá á mí
que ni vendido los valgo?

FELIX. ¿Y puede producir algo?

CARLOS. Eso... (¡Qué idea!) ¡Eso sí!
¡Lo que es hoy dia en España
un periódico!.. ¡ya, ya!
(¡Si le pillo!) ¡Eso hoy está...

FELIX. (¡Niño! ¡piensa que me engaña!)

CARLOS. Llegado á constituir,
nunca faltan suscriciones...
y luego... siempre hay santones
que le ayuden á vivir.

FELIX. Pues siendo asi...

CARLOS. (Se clavó.)

FELIX. No es difícil que se hallara
quien el dinero aprontara.

CARLOS. ¿Y quién?...

FELIX. Hombre... quizás yo.

CARLOS. ¡Ah!

FELIX. Produciendo el dinero... (*Pausa.*)
Me decido, sí señor.

CARLOS. ¿Y seré yo director?
(*Con estremada alegria.*)

FELIX. Director-gacetillero.

CARLOS. ¿Eso á mí!

FELIX. Es lo principal.
¿Se enoja porque la necia
plebe al *sueltista* desprecia?
¿Porque se le mira mal?
¿Piensa usted que le hago agravios
al proponerle de veras
ser redactor de quimeras,
de robos y... monos sabios?
Pues oiga usted. Ese hombre
que desprecia el vulgo vano,
ese hombre tiene en su mano
poder, fortuna, renombre.
Se le desprecia y humilla,
mas este desprecio sale
de no mirar lo que vale

un suelto de gacetilla.
Genio, nobleza, dinero,
tres poderes pueden ser;
pero hay un cuarto poder,
y ese es el gacetillero.
Con su capricho por ley
tiene ese hombre necesario
desde el rincon de un diario
todo el dominio de un rey.

CARLOS. ¡Já, já, já!

FELIX. Ria usted, ria.

CARLOS. ¿Pero es cierta esa pintura?

FELIX. ¿Usted sabe cómo cura
la moderna homeopatia?

CARLOS. Eso...

FELIX. Lleva al ataud
al enfermo un mal horrible,
y una dosis... *invisible*
dá á aquel enfermo salud.
De cierto veneno sé
que un átomo solo, ardiente
mata... en verdad lentamente;
¡pero mata! ¿Entiende usté?
Yo muy claro lo contemplo:
¡nadie sube si él no ayuda!
Por si tiene alguna duda
voy á ponerle un ejemplo.
Suponga usted que el *sueltista*,
y esto alguna vez sucede,
tiene un amigo que es... puede
suponerse que es artista.
Un cantante... un escritor
ansioso de nombre y fama,
que ha hecho un magnífico drama...
Lo segundo es lo mejor.
Coge el manuscrito, ¡asedia!
¡se rebaja! hasta es ruin!
Y de esto, ¿qué saca al fin?
que nadie oye su comedia.
Sin embargo, ¡es todo un hombre!
¡tiene la idea muy alta!
Pero le falta... le falta...

lo que le falta es un nombre.
Esto todo su plan trunca.
Va á una empresa: esta muy vana,
dice: «Vuelva usted mañana.»
—Mañana en España es nunca.—
Y vuelve... y vuelve otra vez,
y pasan meses... ¡y años!
y al fin le dan desengaños
por su perdida altivez.
Sale el drama de entre cien,
y un empresario *erudito*
le dice: «Está bien escrito...»
—El copiante escribe bien.—
«Dé usted por ahí una vuelta
y se hará el repartimiento.»
Y vuelve una vez... ¡y ciento!
«La empresa no está resuelta.»
Ya de seguirle me canso
en sus penas y aflicciones,
rodando por los rincones
de algun salon de descanso.
Alli el pobre se entretiene
con su mundo imaginario
aguardando al empresario...
y el empresario no viene.
Asi el infeliz vejeta,
mientras en los corredores
boleros y avisadores
se rien del gran poeta,
que pasan y alli le ven
¡hay cosa mas divertida?
con la cara compungida,
una noche... y veinte, y cien!
Y ese pobre ganapan,
que se humilla, tiene vena
y ha de sostener la escena,
y un dia les dará el pan
con su genio!—Mas perdon
si al pensar en tanta mengua
dí rienda suelta á la lengua.—
Vamos á la conclusion.
Cansarle ya mas no quiero

con mi plática indiscreta.
Supongamos que el poeta
conoce á un gacetillero.
Entrando en cuentas consigo,
casi muerto, dice un dia:
«Fulano escribe en... *La Arpia*:
es buen muchacho y mi amigo.»
Va á buscarle; *c* por *b*
le cuenta su trance fiero,
y dice el gacetillero:
«Chico, yo lo arreglaré.»

CARLOS. Pist! proteccion fuera esa
de que yo no me fiara.

FELIX. Pues vea usté una cosa rara,
siempre cumple su promesa.
Las manos los dos se dan,
y en aquella misma noche,
á propósito de... un coche
que atropelló á un sacristan,
cita dos versos del drama,
estos ú otros diferentes:
«¡Que tantos inconvenientes
ha de hallar siempre quien ama!»
Serán recursos perversos;
mas si bien se considera,
el lector, quiera ó no quiera
lee el título y dos versos,
porque á su vista se ponen,
y esclama al verlos quizás:
«¡Jé, jé, jé! ¡un dramita mas!
¡Cuántos dramas se componen!»
Al dia siguiente vé
la siguiente nota ya:
«En el teatro de A
se ha entregado el drama B.
Escelentes versos tiene
y escenas de sentimiento;
que es un jóven de talento
su autor don N. de N.»
A los cuatro dias, todos
los periódicos admiten
la noticia, la repiten

y comentan de mil modos.
«Mal con el arte se aviene
que á mezquinas traducciones
se pospongan producciones
como el drama de don N.
¡Siempre veneno y pistola!»
escribe el genio indigesto.
Y hay ya quien dice: «¿Qué es esto?»
Y hay ya quien esclama: «¡Hola!»
Pues de esta curiosidad
conocerá usted de sobra
que va adquiriendo la obra
cierta... popularidad.
No ha pasado la decena,
y ya *La Arpia* contiene:
«El gran drama de don N.
se vá á poner en escena.»
La empresa, que es *roma,* ya
de entrada ve algun preludio,
y anuncia: «Se halla en estudio
el drama nuevo B. ó A.»
«Ayer se leyó en tal parte...»
otra arma *La Arpia* esgrime,
«tal obra, es la mas sublime
gran aspiracion del arte.
La escena en que cae el rayo
nos hizo llorar.» Y fiel
á su voz, dice el cartel:
«La obra cuál está en ensayo.»
«Se dice...—escribe *La Arpia,*—
que se ha de estrenar el treinta.»
Y el cartel: «Hay ya de venta
palcos en contaduria.»
En los sueltos está el quid:
yo lo aseguro, y me fundo
en que algo conozco al mundo
y mas que al mundo á Madrid,
Como el drama es bueno, peta,
y á la octava maravilla
lo iguala la gacetilla.
Ya es hombre nuestro poeta.
Ya alza la frente altanero

libre de humillante traba.
El nombre que le faltaba
se lo dió el gacetillero.
Y el empresario inhumano
y los que á la empresa cercan,
para hablarle se le acercan
con el sombrero en la mano.
Ganoso de gloria y fama
iergue el encorvado talle
cuando esclaman por la calle:
«¡Ese es el autor del drama!»
Y al ver esta maravilla
y aquel prodigio de ingenio,
dicen todos: «¡Genio! ¡genio!»
¡Gacetilla!... ¡gacetilla!
Ella sola en nuestra edad
de dar renombre se encarga.
Es una verdad amarga,
pero es una gran verdad!

CARLOS. Si, muy grande, caballero.

FELIX. Conozco el mundo y lo fio.
Ahora bien, amigo mio,
¿será usted gacetillero?
Un cetro le ofrezco: el modo
se lo ocabo de esplicar.
¿Desea usted dominar
ciencias, política, todo?
Pues bien, coja usted la pluma;
nada mas es necesario:
desde el rincon de un diario
al mundo entero se abruma.

CARLOS. Acepto.

FELIX. Entre las *esópicas*
fábulas que ha de inventar,
necias siempre, al redactar
novedades... microscópicas,
abordará frente á frente
todas las cuestiones.

CARLOS. Si!

FELIX. Y se alzará usted alli
oscuro... pero potente!

CARLOS. ¡Si, si!

FELIX. Luego el humillado
podrá á su vez humillar,
y altanero despreciar
á los que le hán despreciado.
CARLOS. Negocio hecho.
FELIX. (¡Pues no!)
Hay condicion. Un momento.
CARLOS. En todo, en todo consiento.
FELIX. (Asi lo esperaba yo.)
Habrá que elevar á alguno
que no es escritor. El módo
ya espliqué.
CARLOS. Consiento en todo.
FELIX. ¿Sin reparo?
CARLOS. Sin ninguno.
FELIX. Es un jóven diputado
de esperanzas...
CARLOS. ¡Ya!
(Como el que oye una cosa sabida.)
FELIX. Novel;
mas llamado á hacer papel.
En el que habremos fundado,
ni por rara maravilla
un dia se ha de pasar
sin á su gloria aplicar
mis planes de gacetilla.
Que todos sepan quién es,
que brille, que se le nombre,
que adquiera en fin un renombre,
y ya veremos despues.
Voy el dinero á contar.
CARLOS. (Al fin camino á mi centro.)
FELIX. Luego búsqueme allá dentro,
que aun hay mucho que arreglar.
A Luis sin mas detencion
avisaré su llegada;
mas no le diga usted nada
relativo á su eleccion.
CARLOS. ¡Cómo! ¿Es él? *(Con fingida admiracion.)*
FELIX. ¡Pues ya se vé! *(Con maligna sonrisa.)*
CARLOS. ¿Con que es Luis el elegido?
FELIX. ¿No lo habia presumido?

¡Oh! ¡Qué inocente es usté! (*Váse.*)

ESCENA IV.

D. Carlos.

¡Ya soy hombre! ¡En un periódico
de la corte! ¡Qué fortuna!
El artículo de fondo...
es gran cosa! ¿Y á quién gusta?
¿Quién lo lee? El que lo escribe.
Verdad palpable aunque dura.
¡La gacetilla!... ¡Oh! ya eso...
eso ya de especie muda.
La leen todos: en ella
cualquiera opinion se funda.
¡Ya soy hombre! A Luis cogido
subiré como la espuma.

(*Al ver salir á Luis, se dirige á él con estremada solicitud. Luis sale por la derecha muy abatido.*)

ESCENA V.

Carlos.—Luis.

Luis. ¡Oh Carlos!...
Carlos. ¡Amigo mio!
¿Cómo estás? te encuentro pálido.
Luis. Ya estoy mejor.
Carlos. No, no, siéntate: (*Con solicitud.*)
aquí. ¡Los aires colados!...
Dispensa si no he venido
hasta hoy á verte, ignorando
tu enfermedad.
Luis. ¡Eh! tú siempre
conmigo estás dispensado.
Carlos. Eso no, Luis: los amigos
servimos para estos casos.
Hasta que á la calle salgas
ya de esta casa no salgo.

Aquí te aburres... y...
LUIS. Sí.
CARLOS. Ese es tu mal.
LUIS. Ese, Carlos.
CARLOS. Ya te entiendo. No hacer nada
¡y con veinticinco años!
LUIS. Y debiendo aquí favores
que ni con mi sangre pago.
Soy pobre y todo me sobra:
Don Félix me ha hecho abogado,
y hora que al ver mi impotencia
caí mortalmente malo,
ni él ni su hija una noche
al sueño se han entregado.
Esto y mas estoy debiendo;
yo no sé cómo pagarlo.
CARLOS. Te comprendo. Chico, yo
nada soy, muy poco valgo.
Ahi tengo un periodicucho
que es mio y solo redacto.
Con franqueza... ¿quieres tú
ayudarme y que partamos?
LUIS. ¡Carlos!
CARLOS. (Te pillé.) No, nada.
Entre amigos... ¡Eh! ¡qué diablos!
Ya sé que estás aburrido
y es mi deber...
LUIS. ¡Pero, Carlos!...
CARLOS. ¡Entre amigos!... el que puede
debe al otro dar la mano.
LUIS. ¡Qué abnegacion! Ya lo veo:
la amistad no es nombre vano.
CARLOS. (¡Qué pronto engañé á este pobre!)
LUIS. (¡Qué alma tiene este muchacho!)

ESCENA VI.

LUIS, CARLOS.—MARGARITA.

MARG. ¡Don Carlos!
CARLOS. ¡Oh! (*Saludando.*)
MARG. Mi papá (*Id.*)

espera á usted en su cuarto.
CARLOS. Voy al momento. Hasta luego.
Con que en lo dicho quedamos. (*Váse.*)

ESCENA VII.

LUIS, MARGARITA.

MARG. ¿Qué tal, te encuentras mejor?
LUIS. Como siempre que te hablo.
MARG. Vaya, no se altere usted:
señor enfermo, cuidado.
No va mal ese semblante.
LUIS. ¿Puede haber mal á tu lado?
MARG. ¿Galanteria?
LUIS. Pasion.
MARG. ¿De veras?
LUIS. ¿Puedes dudarlo?
MARG. Qué sé yo?
LUIS. ¡Siendo tan bella!
¡Siendo tan divina!
MARG. Vamos.
¿Quién me lo fia?
LUIS. Un espejo.
MARG. ¡Ay, el cristal miente tanto!
LUIS. Mírate en mi corazon.
MARG. ¿Estoy, pues, allí?
LUIS. Incendiando.
MARG. ¿De veras?
LUIS. ¡Oh! ¡Dios lo sabe!
MARG. Señor enfermo... cuidado.
LUIS. Sin los tuyos, ¿viviria?
Mira si estaré adorando
y si podrás en mi alma
ver tu divino retrato.
MARG. ¡Eh, no hables mas de esas cosas!
LUIS. No?...
MARG. ¿Lo merecen acaso?
Si fija á tu cabecera
constantemente he velado,
¿no sabes, Luis, el motivo
porque contenta lo hago?

LUIS. ¿Con que me quieres?
MARG. ¿Pues no?
LUIS. Y tanta gloria alcanzando
nunca he de poder ¡Dios mio!
completarla con su mano?
MARG. ¿Y por qué?
LUIS. Mi posicion...
MARG. Jóven, instruido, honrado...
No sé qué te falta.
LUIS. ¡Ah!
Me falta hacienda.
MARG. ¡Luis! vamos,
estás con la calentura
y otra vez ya delirando.
¿Papá no te mira á tí
como á un hijo?
LUIS. Demasiado.
MARG. Si mi mano le pidieses,
¿te la negaria acaso?
LUIS. No.
MARG. Pues entonces...
LUIS. Entonces...
no la pediria.
MARG. ¿Amando?
LUIS. Amando mucho. Los bienes
de que siempre me ha colmado
no merecen, Margarita,
que yo le diera ese pago.
Para ser digno de tí
estoy, bien mio, muy bajo;
y, ó no serás nunca mia
ó subiré yo muy alto.
MARG. ¡Cielos!
LUIS. Si; para pedir
al que todo me lo ha dado
su hija, que merece mucho,
y es su vida, y es su encanto,
una posicion me falta.
MARG. ¡Luis!
LUIS. Por eso he estado malo.
MARG. Yo te quiero á tí por tí.
LUIS. ¡Margarita! (*Tomándole una mano.*)

MARG. ¡Ea, ánimo!
Si no... me pido yo misma
y hemos salido del paso.

ESCENA VIII.

MARGARITA, LUIS.—D. FELIX, CARLOS. *D. Felix y Carlos aparecen en el foro, yéndose el segundo en seguida que oye el primer verso. Luis y Margarita se separan rápidamente. D. Felix se adelanta poco á poco contemplándolos y sonriendo. Ellos lo miran y bajan los ojos al encontrarse con sus miradas.*

FELIX. Vuelva usted pronto (y silencio).
¡Hola, enfermo, ¿qué tal vamos?
LUIS. (¡Ah!) Mejor. (*Turbado.*)
FELIX. Ya se conoce.
(*Con afectuosa malicia.*)
LUIS. (Sospecha...)
FELIX. (¡Pobres muchachos!)
¿Qué tienes, hombre?
LUIS. Yo... nada.
MARG. Es que...
FELIX. ¿Tambien tú? Veamos.
MARG. Es, papá... que Luis me quiere.
(*Turbada al principio; con resolucion despues.*)
FELIX. Bien, eso...
MARG. Y que yo le amo.
FELIX. ¡Hombre! ¡Quién lo creeria!
¡Los dos disimulais tanto!
Pero eso al fin no es motivo
para estar tan cabizbajos.
LUIS. (¡Cuánta bondad!)
MARG. Con que tú...
no repruebas... (*Muy alegre.*)
FELIX. Al contrario.
Mas estar triste...
MARG. Es porque... (*Mirando al suelo.*)
teme pedirte mi mano. (*Resueltamente.*)
FELIX. ¡Ah! ¿Lo teme? Bien.

MARG. Y yo
de hacerlo por él me encargo.
FELIX. ¿Oficialmente?
MARG. Si.
FELIX. Si?
Pues... la niego.
MARG. ¡Ah!
LUIS. ¡Cielo santo!
FELIX. Si es que lo desea mucho,
despues que yo le haya hablado
bien puedo volverme atrás.
MARG. ¡Es decir!...
FELIX. Que lo aplazamos
para cuando tú nos dejes.
MARG. *y* LUIS. Pero...
FELIX. Sé demasiado
que tu presencia pudiera
hacerle aceptar acaso
condiciones que tal vez
no admita de tí lejano.
MARG. ¡Oh! Luis todas las acepta.
LUIS. ¿Cómo pudieras dudarlo?
FELIX. (¡Pobres niños!)
MARG. ¡Pues adios!
Hablen ustedes despacio.
(*Acariciando á D. Félix.*)
LUIS. (¡Qué felicidad!)
MARG. (¡Qué dicha!)
Señor enfermo... cuidado. (*Desde la puerta.*)

ESCENA IX.

LUIS, D. FELIX.

FELIX. Arrima esa silla acá;
siéntate y escucha atento.
LUIS. Diga usted.
FELIX. Es largo el cuento.
Calma, pues de cuento va.
Amigo de tu buen padre
te me fió al espirar:
¿pudieras, Luis, encontrar

tutor que mejor te cuadre?
LUIS. ¡Señor!
FELIX. Ni aun dejó Rivero
caudal con que te educara...
(*Luis hace un movimiento.*)
No es esto echártelo en cara,
si no probar que te quiero.
De niño túvete al lado
como á un hijo, hasta en el nombre;
luego, viéndote hecho hombre,
una carrera te he dado.
LUIS. Mi gratitud...
FELIX. Déjala.
Eres hijo de mi amigo
y sabes por qué lo digo.
Calma, pues de cuento va.
Sondando tu corazon,
que siempre en los labios pones,
vi entre todas tus pasiones
dominando la ambicion.
—Calma, repito!—Inquirir
(*A otro movimiento de Luis.*)
sin corregir no es afecto:
corregir quise en efecto
y no logré corregir.
No pudiendo el mal cortar
debí darle direccion:
noble campo á esa ambicion
restábame solo hallar.
Pon en las manos el alma
y dí si me equivoqué.
LUIS. Yo, señor...
FELIX. Bien: ya lo sé.
Si ambicionas, oye, y calma.
Con paciencia, astucia, amaños,
voluntad y fingimiento,
llega un hombre de talento
á ministro en veinte años.
Por mí, empecé á los cuarenta,
seguí con ardiente brio,
y si aun quisiera, hijo mio,
gobernara á los sesenta.

LUIS. Con que querer?...
FELIX. Es poder..
LUIS. Nada hay que me ponga espanto.
¿Y para llegar á tanto,
qué es lo que se debe hacer?
FELIX. Lo primero ambicionar.
LUIS. Para Margarita un mundo.
FELIX. Lo segundo... lo segundo
es muy largo de contar.
Un dia, de calma hastiado,
dije: «fuera vida ociosa!
Hagámonos... cualquier cosa...
hagámonos diputado.»
Y con mi ambicion, demente
al tocar ese registro,
soñaba con ser ministro,
¡y ministro presidente!
Hoy se cumplen doce años
desde que empecé ese plan
de que alejándome van
achaques y desengaños.
LUIS. ¿Mas se logra?
FELIX. El que se empeña
logra siempre lo que fragua;
porque ¡una gota de agua,
agujerea una peña!
LUIS. Es cierto.
FELIX. ¿No lo ha de ser?
Ahora, pues es tu destino,
voy á enseñarte el camino
porque se llega al poder.
Lo primero y principal
que tienes que conseguir,
es llegarte á introducir
en la junta electoral.
El primer año, seguro,
ninguno repara en tí;
el segundo, asi, asi;
el tercero, ¡te lo juro!
en pago á tantos sudores
como ya te habrá costado,
tú eliges el diputado,

no los pobres electores.
¡Que fuiste, tras de vocal,
secretario inteligente,
y, lo que es mas, presidente
de la junta electoral!
Allí tus discursos bellos
te hacen de todos amigo,
y cuando piensan contigo
piensan que piensas con ellos.
Prosigues haciendo el bú,
ya intrigando, ya influyendo,
y eligiendo... y eligiendo...
hasta que te eliges tú.

LUIS. Oh!...

FELIX. ¡Tantos lo han hecho ya!

LUIS. Y eso una vez conseguido
se brilla, se es aplaudido.

FELIX. Oye, que de cuento va.
El que asi logró subir
á tan elevada esfera
debe pillar la cartera.

LUIS. ¿Y cómo?...

FELIX. Lo vas á oir.
Como sucede en el dia,
en el Congreso al entrar
por precision has de hallar
mayoria y minoria.
Pero, como en cualesquiera,
hay en las Cortes presentes
diputados disidentes
sin jefes y sin bandera.
El que ambiciona, en el acto
debe, sin mirar partidos,
de estos miembros divididos
formar un cuerpo compacto.
Cuesta mucho: mas firmeza;
lo difícil no te asombre.
Despues se busca un buen hombre
y se pone á la cabeza.
—¡Que sea viejo!—Consejero
eres suyo, aunque invisible,
y él es el jefe ostensible

y tú el jefe verdadero.
Así, envuelto en el misterio,
con puesto firme y seguro,
en viéndole en un apuro
guerra á muerte al ministerio.
Cuando llegue una cuestion
en que maten las derrotas,
con la minoría votas
y ganais la votacion.
Entonces fácil encuentro
que prefiera gente cuerda
á la bulliciosa izquierda
el sesudo y grave centro;
y entre ruinas y escombros
se eleve al fin tu *hombre-nombre:*
en tal caso, si eres hombre,
encarámate en sus hombros.

LUIS. ¡Sí! por medios tan estraños
una vez en el Congreso...
Qué es menester para eso?

FELIX. Mucha calma y muchos años.

LUIS. ¡Oh!...

FELIX. Al oirlo decir,
te figuraste quizás,
hijo, que no habia mas
que llegar y conseguir?
Talento y habilidad,
solo triunfan á la larga.
Es una verdad amarga,
pero es una gran verdad.

LUIS. ¡A la larga!... Si la vida
no fuera tan corta...

FELIX. Fuera
peor.

LUIS. ¡Mas se consiguiera
gozar la gloria adquirida!
Trabaje usted veinte años
sobre mi edad. ¿A qué edad
gozaré celebridad?

FELIX. A la de los desengaños.
¡Cuarenta y cinco! Ve ahí
una edad desesperada...

LUIS. A esa edad, pues...
FELIX. Aqui nada... (*Por el corazon.*)
LUIS. ¿No?...
FELIX. Porque todo está aqui. (*Por la cabeza.*)
Ya ves, juzgo por mí mismo.
¿Al llegar á la victoria
piensas alcanzar la gloria?...
Gloria!... Si!... positivismo. (*Con amargura.*)
De modo que al conseguir
no eres capaz de apreciar
y el frio te empieza á helar.
Ahora bien, ¿quieres subir?
LUIS. Con ánsia.
FELIX. A pesar de ver...
LUIS. Lo quiero á pesar de todo.
FELIX. Te conocia De modo...
LUIS. Qué estoy resuelto á emprender.
FELIX. Para malgastar tus años
tras una sombra corriendo,
y alcanzar cuando muriendo
estés ya de desengaños!
Bien: ya tú me lo dirás (*Mudando de tono.*)
si esto llega á suceder.
Tú ambicionas?...
LUIS. El poder.
FELIX. Si lo ansías, lo tendrás.
Eso no me maravilla,
ya adiviné lo que quieres.
Por eso á esta fecha eres
diputado por Sevilla.
LUIS. ¡Yo!!!
FELIX. Si. Vas por el atajo: (*Con frialdad.*)
mandarás jóven.
LUIS. ¡Qué escucho!
FELIX. Que yo he trabajado mucho
y hoy te cedo mi trabajo.
Sosiégate: reflexion,
frialdad; si quieres ser
buen ministro, has de tener
nieve en vez de corazon.
Este y la ambicion no van
por unas mismas veredas:

mátatele como puedas.
¿De que sirve? ¡Necio afan!
Una vez bien amarrado
¡se goza!... ¡Sentir! ¿A qué?
El que siente siempre fué
en la tierra desgraciado.

LUIS. ¡Gracias, gracias!

FELIX. No las des.
Te hago mucho daño asi.
Mas si has de morirte aqui,
vete... y veremos despues.

LUIS. ¡Diputado!... ¿Y Margarita?
¿Podré ahora esperar?...

FELIX. Segun.
(Se acuerda aunque tarde.) Aun
es jóven... y necesita
para casarse el teatro
de este mundo conocer.
Ya te podré responder
de aqui á tres años ó cuatro.

ESCENA X.

DICHOS.—CARLOS, D. FACUNDO.

CARLOS. ¿Con que diputado él?
(*A D. Facundo en el foro.*)

FACUNDO. (Mayoria.) (*A D. Félix.*)

FELIX. (Bien.)

CARLOS. ¡Amigo! (*A Luis.*)

FELIX. (He aqui un chico que promete.)

FACUNDO. Reciba usted mi cumplido
parabien.

LUIS. Gracias.

CARLOS. Los dos
saldremos un dia mismo.
Yo tambien voy á la corte.

LUIS. ¿Tú tambien?

FACUNDO. ¿Usté? (Aqui hay lio.)

CARLOS. Me llaman para un periódico.

FACUNDO. (¡Hola! ¡hola! ¿Periodiquito? (*A D. Félix.*)

FELIX. No sé.
FACUNDO. ¡Inocente!) (Aqui hay plan.)
Carlos, me alegro muchísimo.
CARLOS. Tantísimas... Si es que en algo
puedo...
FACUNDO. Digo á usted lo mismo.
FELIX. ¡Asi me gusta! Los jóvenes
deben abrirse camino.
FACUNDO. (¿Te gusta? ¿Eh? ¡Ah! ¡La Bolsa!... (*Medi-*
Estos chicos... estos chicos...) (*tando.*)
Hombre, pues quizá me anime (*Con rapidez.*)
y haga tambien un viajillo.
FELIX. ¿Si?
FACUNDO. Tengo yo acá unos planes...
(Como usted.
FELIX. ¡Oh! ¡si! los mios...
FACUNDO. ¿Cuáles! (*Con estremada curiosidad.*)
FELIX. Estarme en Sevilla.
FACUNDO. Pues, y ellos allá...
FELIX. Esactísimo.
FACUNDO. Usted manda un periodista
y un aprendiz de ministro.
¿Hay proyectos financieros?
FELIX. Si.
FACUNDO. Ya estaba acá.
(*Llevándose la mano á la frente.*)
FELIX. ¡Qué pillo! (*Con sarcasmo.*)
FACUNDO. ¿Y usted?...)
CARLOS. Pero mira, Luis,
que no seamos motivo
á detenerte. En la sala
te esperan varios amigos
que han sabido tu eleccion...
FELIX. Aun tiene que hablar conmigo.
Háganme ustedes el gusto
de en su nombre recibirlos,
que irá pronto.
LUIS. Si, que esperen. (*Con natu-*
FELIX. (¡Ya dice que esperen! ¡Lindo!) (*ralidad.*)
CARLOS. Pues hasta luego.
FACUNDO. Hasta luego.
(Este viejo es un prodigio.)

ESCENA XI.

D. FELIX, LUIS.

FELIX. ¿Y cómo te sientes?
LUIS. Bueno.
Ya soy otro, ya respiro.
FELIX. Bien.
LUIS. A usted lo debo todo.
FELIX. Y á tí. Pues como deciamos...
Margarita...
LUIS. ¡Ah! ¡Margarita!...
(¿Cómo la he puesto en olvido?)
FELIX. Es muy niña. Yo quisiera,
y de tu afecto lo exijo,
que la digas que te he espuesto
muy poderosos motivos
para dilatar un poco...
LUIS. Pero...
FELIX. Apelo á tu cariño.
LUIS. Haré cuanto usted me mande.
FELIX. ¡Margarita! Gracias, hijo. (*Llamando.*)
¡Margarita!...

ESCENA XII.

DICHOS.—MARGARITA.

MARG. Aqui estoy yo. (*Muy alegre.*)
FELIX. (¡Pobrecilla!)
MARG. ¿Y bien?
LUIS. (¡Dios mio!)
MARG. ¿Qué hay?
LUIS. Que... (*Turbado.*)
FELIX. Que se nos marcha.
MARG. ¡Cómo! (*Como herida de un rayo.*)
LUIS. Te diré...
FELIX. Ha salido
diputado.

MARG. ¡Diputado!
FELIX. Y se aleja de estos sitios
LUIS. La patria...
FELIX. (¡Ya está en sus labios!)
MARG. ¡Y te vas!
LUIS. Con tal motivo...
Pronto volveré.
FELIX. De aqui
á tres años.
MARG. ¡Oh Dios mio!
¡No me ama!
FELIX. ¡Margarita!
LUIS. ¡Oh! (¡Qué cruel sacrificio!)
Te adoro y renuncio...
FELIX. ¡Luis!
¿Es eso lo prometido?
MARG. ¿Con que tú le obligas?...
FELIX. ¡Yo!
(¡Me faltaba este martirio!) (*Con dolor y*
¡Yo, si! Mas ve, que te esperan. (*sorpresa.*)
Es asunto concluido.
LUIS. ¡Don Felix!
MARG. ¡Padre!
FELIX. (¡Firmeza!)
Despues te daré, hijo mio,
planes de gobierno, cartas,
en fin, cuanto te es preciso.
Tengo allí gran influencia
por un verdadero amigo,
que debiéndome la vida
no es ingrato á mi servicio.
Tengo á mi sobrina Hortensia,
viuda opulenta de un título,
la que podrá introducirte
en todos los altos círculos.
Tengo... Pero ya hablaremos:
ahora á recibir cumplidos.
MARG. ¿Mas qué obsta el ser diputado?
¿Quién nos impide seguirlo?
FELIX. ¡Yo!
MARG. *y* LUIS. ¡Ah!
FELIX. ¡Vaya usted, que esperan,

y no es justo, señor mio!
(Al marcharse Luis, Margarita le sigue con la vista, él vuelve la cabeza y ella le dirige miradas suplicantes. D. Félix se interpone entre ellos y hace marchar á Luis.)

ESCENA XIII.

MARGARITA, D. FELIX.

MARG. ¡Padre! *(Transida de dolor.)*
FELIX. ¡Calla! que me matas.
MARG. ¿Te conmueves? ¿Por qué es esto?
FELIX. Porque el Señor lo ha dispuesto.
MARG. ¡Es pobre!
FELIX. ¡Qué mal me tratas!
MARG. ¿Me quieres?
FELIX. ¡Que si te quiero!
¡Calla! que me falta fuerza;
y harás que mi intento tuerza,
y harás tu mal venidero.
MARG. ¿Quién te hace asi proceder?
¿Qué te obliga?
FELIX. Desengaños.
Tú tienes muy pocos años,
no me vas á comprender.
MARG. ¡Habla!
FELIX. Tu Luis va á subir...
MARG. Si.
FELIX. ¿Por qué de esto me encargas?
Son verdades tan amargas
que no las quiero decir.
MARG. ¡Habla!
FELIX. Es cosa muy cruel.
Tú juzgas el mundo bueno,
y asi derramo en tu seno,
pobre niña, mucha hiel.
Despues que me hayas oido,
si entiendes mis espresiones,
las mas caras ilusiones
de tu pecho habrán huido.
¡Calla... por última vez!

que si no escuchas mi ruego,
echaré en tu infantil fuego
el hielo de mi vejez.

MARG. ¡Habla!

FELIX. Tu Luis va á subir;
y en posicion elevada
no se acordará de nada.

MARG. ¡Ah, no! ¿Qué vas á decir?
Es bueno.

FELIX. Tiene ambicion,
y aunque yo al mejor lo igualo,
el hálito de lo malo
pudrirá su corazon.
Si no le hubiera subido,
nunca se hubiera elevado;
pero yo no he vacilado
entre su muerte y su olvido.
Si tú deseas que aqui
se quede siempre...

MARG. ¡Qué escucho!

FELIX. Dímelo. El te quiere mucho,
no se apartará de tí.

MARG. ¡Oh! ¡gracias, gracias! Creia
verlo de mi amor ausente,
y que este riesgo inminente
remedio ya no tenia.
Que se quede, padre; yo
le amaré mas que á mi vida;
y tú verás cómo olvida
esas ambiciones.

FELIX. No.
Ese mal de la ambicion
que hace al alma tanto daño,
curarálo un desengaño,
pero nunca una pasion.
Marcha por sendas andadas,
va siempre con pasos fijos,
para él no hay padres, ni hijos,
ni hay hermanos, ni hay amadas.
Siempre con afan creciente
siempre con furia incesante,
en cuanto mira delante

ve solo un inconveniente.
Brillar, vivir de este modo
y ceñirse una corona...
esto para el que ambiciona
es amor, es dicha, es todo.

MARG. ¡Que viva! ¡que goce! sí,
aunque me haga padecer;
mas yo no puedo creer
que nunca me olvide á mí.

FELIX. Margarita, la pasion
que tu alma divina siente,
reprime hora que es naciente,
mata esa hermosa ilusion.
Yo tambien sentí mi pecho
á la ambicion paso abrir:
yo tambien pude subir...
¿Sabes por qué no lo he hecho?
Fué porque me conocí;
por no ser á nadie infiel;
porque como dudo de él
dudaba entonces de mí.
¡Perdon! sé que te incomodo;
pero, hija mia, es verdad,
se olvida amor, amistad,
afecciones .. ¡todo! ¡todo!

MARG. ¡Padre!

FELIX. Aun es tiempo. Si quieres
él te ama y no partirá.
Su ambicion le matará,
mas sé feliz. ¿Qué prefieres?

MARG. ¡Que viva! ¡que brille! ¡sí!
Que viva con su esplendor,
aunque me mate el dolor,
aunque se olvide de mí.

FELIX. ¡Bien, hija! ¡Gran corazon!
¡Bien! ¡Si, los dos sufriremos,
los dos juntos lloraremos!

MARG. ¡Padre!

FELIX. ¡Maldita ambicion!!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Hortensia: dos puertas al foro; la de la derecha conduce á la calle; la de la izquierda á los salones de baile. Puertas laterales; la de la derecha dá á las habitaciones de D. Félix; la de la izquierda al interior de la casa. Mucho lujo y gusto en el mueblaje. Sobre un velador habrá infinidad de libros magníficamente encuadernados. La galeria del foro estará adornada, lo mismo que la sala, con multitud de macetas de flores, é iluminada por multitud de bujias colocadas en arañas y candelabros.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, HORTENSIA.

(*La primera leyendo; la segunda arreglándose el tocado delante de un espejo.*)

MARG. «¡Ay! amores de la tierra
son mentira y humo vano;
quien en ella los perdiere
vaya en el cielo á buscarlos (1)!»

(1) Estos cuatro versos pertenecen á la lindísima balada *El alma de Cecilia*, del señor D. Antonio Arnao, uno de los jóvenes poetas líricos que mas dias de gloria han de dar á la literatura española.

¡Ay!...

HORTENS. ¿Qué tienes, prima?

MARG. Nada.

HORTENS. Ese suspiro... ese llanto...

MARG. La balada que leia
es muy triste.

HORTENS. No he escuchado.

MARG. Es el alma de una niña
que vaga en montes y lagos;
y esa pobre niña ha muerto
porque la olvidó un ingrato.

HORTENS. ¡Ah! no arrancaba esas lágrimas
de la olvidada el quebranto:
no sus penas, Margarita,
las tuyas estás llorando.

MARG. Ahora espero mas que nunca.

HORTENS. ¡Tú esperar!

MARG. ¿Puedes dudarlo?
Ausente, su corazon
los negocios me robaron;
pero va á verme: él me amaba:
yo era su vida y su encanto...
¡Oh!... mi vista hará que vuelvan
los tiempos que ya volaron.

HORTENS. Si.

MARG. ¿Sin tan bella esperanza
viviera, Hortensia, há dos años?
Cuando dejó de escribirme
á su ambicion entregado,
pensé sucumbir de pena
á solas con mi quebranto.

HORTENS. Pero ahora...

MARG. Una mañana
iba angustiosa llorando
por aquel jardin que tantas
recorrí asida á su brazo.
Cada flor un juramento,
una ilusion cada árbol
me recordaban... ¡Oh! dije,
no puede haberme olvidado.
Iré á Madrid; le veré;
volveremos á adorarnos...

Persuadí á mi padre, y ya
se acerca el momento ansiado.
Voy á verle.

HORTENS. Y yo aseguro
que sereis felices ambos.
No te olvidó: el ministerio
es, prima, pesado cargo;
y si dejó de escríbirte...

MARG. Es que no pudo.

HORTENS. (¡Dios santo!
¿Quien esta ilusion la quita,
si de ella vive há dos años?)

MARG. ¿Vendrá ya?

HORTENS. De los primeros
que acuda le he suplicado.
El baile empieza á las once.

MARG. ¡El tiempo va tan despacio!

HORTENS. (¡Gran Dios! ¡si al verla olvidara
el amor que me ha mostrado!)

MARG. ¿Hortensia, qué tal estoy (*Pausa.*)
con este vestido blanco?

HORTENS. ¡Encantadora! Esta noche
eres reina del sarao.

ESCENA II.

DICHAS.—D. FACUNDO.

(*Bien vestido: una moda atrasada; pero sin tocar en lo ridículo.*)

FACUNDO. ¿Señora marquesa?

HORTENS. ¡Oh!
Aqui está el buen don Facundo.

FACUNDO. Pero... pero... ¡Señorita!
¿cómo usted por estos mundos?
¿Y el señor don Félix?

MARG. Bueno.

FACUNDO. (¡Hola!) Lo celebro mucho.
(¿Qué traerá este viejo aqui?)

MARG. ¿Y usted?

FACUNDO. Pasando. (¡Qué cuco!)

HORTENS. ¿Y qué hay de nuevo?
FACUNDO. Aunque nada
sé de cierto, lo presumo.
Para el nombramiento de una
comision, que antes de mucho
deberá dar su dictámen
sobre un importante asunto
del que pende la caida
bien de todos, bien de algunos
de los ministros, reuniéndose
está en este mismo punto
el parlamento en secciones.
MARG. ¿Y Luis?
FACUNDO. Cual nunca seguro.
En pugna con sus colegas
sobre ese importante asunto,
presentó su dimision.
Ellos, siguiendo este impulso,
han entregado las suyas,
sin que hasta ahora á ninguno
se le haya admitido. Pero
de su caida ó su triunfo,
el nombramiento de esa
comision será el augurio
evidente. Todos saben,
y yo sé por buen conducto,
que es de don Luis la victoria.
HORTENS. ¡Si!
FACUNDO. ¡Si el parlamento es suyo!
Carlos Silva el diputado,
que es su hechura, con buen pulso
dispone del centro: asi
don Luis no conoce apuros.
MARG. ¡Ay Dios! ¿No vendrá esta noche?
FACUNDO. Sin inconveniente alguno.
Antes bien, como el nogocio
es tan personal, no dudo
que del Congreso apartado
y del baile en el tumulto,
quiera aparentar que alli
no deja sentir su influjo.
El descansa en Carlos. (Vamos,

vienen á coger el fruto.)
HORTENS. Mira, Margarita, ya
es hora. Entremos, que muchos
comenzarán á venir.
MARG. Bien.
HORTENS. El señor don Facundo
disimulará...
FACUNDO. ¡Señora!
Yo soy un criado suyo.
HORTENS. Tenemos que recibir... (*Vánse.*)
FACUNDO. A los piés de ustedes... Mucho
me dá en qué pensar... El viejo...
la niña aqui... Vamos!... dudo
que logren... A la marquesa
no la arrebatan el fruto
de su conquista... y Luis
quiere un título. ¡Qué mundo!
FELIX. ¡Don Facundo!
FACUNDO. ¿Quién? ¡Don Felix!
(*Haciéndose de nuevas.*)
¿Usted aqui? (Disimulo.)

ESCENA III.

D. FACUNDO.—D. FELIX.

FELIX. Como ve.
FACUNDO. ¡Cuánto me alegro!
(Tambien acude á la viña.)
¿Y ha traido usté á su niña?
FELIX. Si.
FACUNDO. ¿Seremos pronto suegro? (*Con malicia.*)
FELIX. Puede.
FACUNDO. (Este hombre es un abismo.)
Pero no habia observado...
Está usted desmejorado.
FELIX. ¡Si, y usted siempre lo mismo!
(*Con marcada intencion.*)
FACUNDO. Pues, pasando y nada mas.
FELIX. ¿Y qué tal? ¿Se hace negocio?
FACUNDO. El que no se entrega al ocio
no pierde el tiempo jamás.

FELIX. Mis cartas...
FACUNDO. Sopla otro viento.
FELIX. ¿Cómo? Luis...
FACUNDO. Hacer me deja.
Pero yo no tomo queja.
¡Me recibió tan atento!
FELIX. (¡Bien me lo temia!)
FACUNDO. ¡Eh!
no perdiendo el viajillo...
FELIX. Tuvimos un disgustillo.
FACUNDO. ¿Cómo? (*Con mucha curiosidad.*)
FELIX. Y lo ha pagado usté.
FACUNDO. ¡Bah, bah!
FELIX. ¡Pobre don Facundo!
(¡Ah!)
FACUNDO. ¿Y en quién vino á caer?
¿Pero qué le hemos de hacer?
Estas son cosas del mundo.
FELIX. Aun cuando de relaciones
íntimas hay que esperar,
no se puede confiar
en las recomendaciones.
Al amigo mas fiël,
si á otro amigo suyo abona,
apreciándole en persona
se le desprecia en papel.
¡Pobre Don Facundo!
FACUNDO. ¡Bah!
Tengo mas de lo que traje.
No perdiéndose el viaje,
adelante, y bueno va.
Yo he hecho mis observaciones;
y á la edad que Dios me ha dado
no venia confiado
en las recomendaciones.
Si pegaba, bien está;
pillo el destino, y adios;
si no... ¡esta tierra de Dios
para todo justo da!
Aqui se abren mil caminos
que yo mejores contemplo.
FELIX. Lo celebro.

FACUNDO. Por ejemplo:
Bolsa, agencia de destinos...
Pero aun estamos de pié.
FELIX. Voy buscando á la marquesa.
FACUNDO. ¿Señor, á qué tanta priesa?
FELIX. Negocios...
FACUNDO. ¡Aguarde usté!
¿Con que la niña ha venido?
FELIX. Si, por ceder al deseo
de su prima.
FACUNDO. ¡Ya lo creo!
Esa si que me ha cumplido.
FELIX. Bien.
FACUNDO. La señora marquesa
del vulgo en esto se aparta:
recibióme; vió mi carta;
no me hizo ni una promesa.
Pero me abrió sus salones,
de la aristocracia centro,
y desde entonces me encuentro
con muy buenas relaciones.
Don Luis al contrario obró;
y apenas dije mi nombre
salió, mas viento que hombre,
y gozoso me abrazó.
Aseguróme mil veces
emplearme al otro dia:
acudí... y no recibia...
Asi he pasado tres meses.
FELIX. Paciencia tuvo usted harta.
FACUNDO. El empleo era mi norte.
FELIX. ¡Ay del que viene á la corte
confiado en una carta!
Acuden con la ansiedad
del demente que delira,
y tocando su mentira
aprenden una verdad.
Todos aqui su esperanza
cual fuego fatuo persiguen;
y por mil que no consiguen
tal vez hay uno que alcanza.
Y esto se toca, y se ve,

y no hay un hombre que esclame:
«¡Quien sus ilusiones ame
no ponga en Madrid el pié!»

FACUNDO. Y á quién lo dice usté asi
que se lo vaya á creer?
Todos aqui piensan ver
las minas del Potosí.

FELIX. ¡Horrible fatalidad
que á tantas dichas se opone!
En los ojos se les pone
y no ven esta verdad.
Ser de noble proceder,
de honrado y modesto porte,
y hacer fortuna en la corte...
es un imposible hacer.

FACUNDO. Mas al que predica el bien
todos, todos le desoyen.

FELIX. *Tienen oido, y no oyen,*
tienen ojos, y no ven.
Diga usted á un provinciano
lo que ahora mismo le digo;
y esclama: «No va conmigo;
llevo cartas de Fulano.»

FACUNDO. Hay escepciones. ¿No está
Luis en la esfera mas alta?
Solo un título le falta,
y ese pronto lo tendrá.

FELIX. ¡Va á dárselo él mismo!

FACUNDO. ¡Qué!
¡El mismo! ¡que desatino!
Para eso hay mas de un camino...
Una alianza .. un... ¡Ya ve usté!

FELIX. (¡No me engañé!)

FACUNDO. Asi se evita
que murmuren y...

FELIX. Comprendo.

FACUNDO. ¡Sabe mucho!

FELIX. Ya voy viendo.

FACUNDO. (¡Ambicioso!)

FELIX. (¡Margarita!)

FACUNDO. Y otros mil que se han alzado.
Mire usté á Silva.

FELIX. ¿Y qué tal?
FACUNDO. No se va portando mal.
Es un chico despejado.
FELIX. Me alegrara verle.
FACUNDO. ¿Si?
¿Va usté á hablarle del diario?
(*Con malignidad.*)
FELIX. ¡Hombre, no!
FACUNDO. Si es necesario
al punto le traigo aqui.
Quizá haya venido.
FELIX. Pues
si usted tiene la bondad...
FACUNDO. ¡Qué bobada! ¡la amistad!...
FELIX. ¡Si! (*Con amárgura.*)
FACUNDO. ¿Eh?
FELIX. Nada.
FACUNDO. Hasta despues. (*Váse.*)

ESCENA IV.

D. FELIX.

¡Si, la amistad! ¡la amistad!...
¡Horror tanta farsa inspira!
¡Dios mio! ¡Entre esta mentira
cuán amarga es la verdad!
Esta corte corrompida...
me hace dudar de mi mismo.
Siglo del escepticismo,
quién desea en tí la vida?
Ambicion, ambicion que
ninguna virtud limita...
¡Y mi pobre Margarita
que espera hallar aqui fé!
Luis... ¡Ministro! Cual mil otros
se embriaga con las victorias...
con sus triunfos y sus glórias
no se acuerda de nosotros.
Y se casa por crecer,
porque un título le incita...
¿Qué va á ser de Margarita

cuando lo llegue á saber?
¡Por solo un título vano!...
Es una calumnia, si.
Tanta infamia nunca vi
en el corazon humano.
Yo le he elevado á esa esfera
y él... Mas qué voy á decir?
Cuando se logra subir
no se piensa en la escalera!
Con esa eterna ambicion,
con esa sed de renombres
todo lo olvidan los hombres...
¡Qué ingratos! ¡qué ingratos son!
Carlos... Tambien le he elevado:
por mí llegará á la cumbre;
y él siguiendo la costumbre,
tambien nos habrá olvidado.
¡Y es natural! Grita el genio
del amor propio á su lado:
«A nadie estás obligado;
eres hijo de tu ingenio.»
¡De su ingenio! Sin un nombre
se hundieran en el profundo,
porque en este imbécil mundo
jamás hay hombre sin hombre.
Verdad que aunque horrible es
echa tambien en olvido
aquel que mira abatido
el mundo entero á sus piés.
Todo se olvida... Si... ¡No!
Escepticismo importuno,
¿por qué no ha de haber alguno
que recuerde como yo?
No todos á la ambicion
se venden ni á los renombres...
Estoy juzgando á los hombres
peores de lo que son.
La humanidad quizá avanza
hácia el bien... Todo lo igualo
y solo he visto lo malo.
Vuelve á nacer, esperanza.
¡Oh! mi pobre Margarita

hará mi sistema vano:
aun el corazon humano
al nombre de amor palpita;
y si este afan puro, ajeno
al interés, no es un nombre,
aun hay nobleza en el hombre,
aún puede el hombre ser bueno.

ESCENA V.

D. FELIX.—CARLOS.

CARLOS. (Si pide cuentas...) ¡Don Félix!
FELIX. ¡Hola!
CARLOS. ¡Déme usté esos brazos!
¡Cuanto gozo en ver al hombre
por quien me miro tan alto!
FELIX. (¡Lo confiesa!)
CARLOS. ¿Está usted bueno?
FELIX. (Mi temor era infundado.
Este agradece.) A sus órdenes.
CARLOS. Gracias. ¡Encuentro mas grato!
Venia del Parlamento
á ver si Luis por acaso
estaba aqui ya ; y de sala
en sala le iba buscando,
bien ajeno de que en esta
me esperase gozo tanto.
FELIX. Todo es mio
CARLOS. Cuando acabe
la reunion vendré á buscarlo.
Tenemos mucho que hablar,
y ahora no vengo despacio.
FELIX. ¡Cómo! ¿va usté á incomodarse?...
CARLOS. La Asamblea está aqui al lado.
Pero hablemos de otra cosa.
Usted estará parando
en casa de Luis? (*Con intencion.*)
FELIX. No.
CARLOS. Entonces
se vendrá á la mia.
FELIX. Estamos

aqui ya con mi sobrina
la marquesita del Tajo.

CARLOS. Lo siento mucho.

FELIX. (Agradece.
Pero esto tal vez... Veamos.)

CARLOS. ¡Seria yo tan dichoso
en tener á usté á mi lado!

FELIX. Yo tambien querria; pero
ya se arregló asi.

CARLOS. ¡Qué diablos!

FELIX. —¿Con que ahora segun parece
la fortuna va soplando?

CARLOS. ¡Pist! (Si pide cuentas...)—¿Con que
no hay medio de subsanarlo?

FELIX. No. Ya usted ve...—¿Y le tenemos
á usted ya de diputado?

CARLOS. Si.. (¡No logro distraerle!)
—¿Y la niña?

FELIX. Buena.—¡Vamos!
que para el tiempo que hace
usted no se ha descuidado.

CARLOS. ¡Oh! ya lo creo. (En la llaga
va poco á poco tocando.)

FELIX. Segun se dice, parece
que figura usted.

CARLOS. Si... algo.
—¿Y usted no ha dado un paseo?
¡Hallará esto tan mudado!

FELIX. Si, palacios de ladrillo,
casas de carton...

CARLOS. Esacto.
¡Já, já! ¡carton! (¡Se distrae!)
Hay mejoras sin embargo.

FELIX. Madrid es una caldera,
pero de inmenso tamaño,
en donde el oro de España,
derriten los cortesanos.

CARLOS. Es verdad.

FELIX. Y muy amarga.

CARLOS. Si, si.

FELIX. Centralizar tanto...

CARLCS. Pues. (Voy viento en popa.) Eso...

FELIX. Pues, amiguito, pensando
de ese modo, debe usted
en el parlamento...

CARLOS. (¡Malo!)

FELIX. Y en el periódico...

CARLOS. (¡Pésimo!)
Ya lo pensaré despacio.—
¿Y qué tal viaje?

FELIX. Bueno.
(Parece que evita...)—El caso
es muy serio y...

CARLOS. Si, el ponerse
en camino con sus años...

FELIX. No hablo de eso.

CARLOS. (¡Estoy perdido!)

FELIX. Decia que un diputado
y un periodista se deben
al bien de los ciudadanos.

CARLOS. Tal creo. (¡Vuelta al periódico!)
El que la patria ha mandado
á ser su representante...

FELIX. Y el que es eco en un diario
de la opinion ..

CARLOS. Si, sin duda.

FELIX. Son de tanto honor esclavos.
Usted parece que goza
de crédito á no dudarlo.

CARLOS. Si, en la tribuna...

FELIX. Y la prensa.
Pero se siente usted malo?
¿Qué tiene usted?

CARLOS. Nada.

FELIX. (¡Ah!
mi sistema no era errado.)
¿No se lee *El Nacional*?

CARLOS. ¡Pist!

FELIX. (¡Qué ingratos son, qué ingratos!)
Pues si...

FACUNRO. Caballeros?...
(*Apareciendo en el foro.*

CARLOS. (¡Ah!)
¡Don Facundo! (Me he salvado.)

ESCENA VI.

DICHOS.—D. FACUNDO.

FELIX. (¡Estos son los hombres!) Y?... (*A D. Facundo.*)
CARLOS. ¿Qué hay de nuevo?
FACUNDO. Se murmura
que la caida es segura
CARLOS. ¿Pero aun se resisten?
FACUNDO. Si.
CARLOS. Paréceme incomprensible.
¿Ya qué pueden esperar?
FELIX. ¡Miseria humana! ¡Anhelar (*Ensimismado.*)
un tormento tan horrible!
¡El poder! «Esa es la gloria,»
dicen ansiándolo todos.
Lo alcanzan por varios modos
y locos gritan: «¡Victoria!
De él estaba deseoso;
gobierno diversas gentes,
y ante mí doblan las frentes.
¡Ya soy dichoso!» ¡Dichoso!
Ahora empiezas á luchar;
todos contrarios te son...
Tu gloria es una ilusion
que no puedes realizar.
¡Adios!
CARLOS. ¿Se va sin oir?..
FELIX. Tengo esperiencia; soy viejo:
tome usted como un consejo
lo que acabo de decir.
La vida es corta: ese amor
al poder, bien no produce.
Puesto que á nada conduce,
no anhelarlo es lo mejor.
Huya de aqui; tenga fé;
viva siempre en paz consigo...
Se lo dice á usté un amigo,
que le compadece á usté.
CARLOS. Pero...
FELIX. Pese mi razon.

CARLOS. Va usted triste.
FELIX. No es estraño.
Llevo un nuevo desengaño
clavado en el corazon.
CARLOS. No entiendo...
FELIX. ¡Miseria humana!
A estar aqui no me atrevo.
Cada desengaño nuevo
me trae una nueva cana.
CARLOS. Pero yo...
FELIX. Nada le digo
pues usted tanto lo evita.
¡Adios! Si me necesita
siempre hallará usté un amigo. (*Váse.*)

ESCENA VII.

CARLOS, D. FACUNDO.

CARLOS. ¡Já, já!
FACUNDO. No se ria usté;
porque este viejo es muy ducho.
CARLOS. ¡Oh! me ha divertido mucho.
FACUNDO. (¡Le divierte!...) ¡Jé, jé, jé! (*Risa forzada.*)
CARLOS. ¡Si habla verdad!...
(*Dejando de reir y con tono sombrio.*)
FACUNDO. ¡Necio afan!
¡Jé! Ria, que es divertido.
CARLOS. El oirlo me ha estremecido.
(*Mirando á D. Facundo con desconfianza.*)
¿Conocerá nuestro plan?
FACUNDO. ¡Chist! No puede ser.
CARLOS. Yo veo
que usted, que nada desea,
me auxilia, y...
FACUNDO. ¿Teme que sea
un Judas?
CARLOS. Yo nada creo.
¿Mas qué interés?...
FACUNDO. ¡Poco á fé!
El dios del siglo es el oro...
y solo á ese dios adoro.

¿Duda aun de mí?

CARLOS. Toque usté.

(*Se estrechan las manos con efusion.*)

ESCENA VIII.

DICHOS.—HORTENSIA.

HORTENS. ¿Carlos?... (*Saludando.*)

CARLOS. Señora?... (*Idem.*)

FACUNDO. Marquesa?... (*Idem.*)

HORTENS. No pensaba aquí encontrarle.
Está usted tan retirado...

CARLOS. Tanto que debiera hallarme
ya lejos de aquí, porqüe
hago falta en otra parte

HORTENS. ¿Esa comision?...

CARLOS. Es cosa
sobremanera importante.

HORTENS. ¿Luis está allá?

CARLOS. No lo sé.
Aqui venia á buscarle.
Y ahora que de Luis hablamos.
¿Qué me dice usted?

HORTENS. No es fácil
que nada diga, quien nada
que pueda decirse sabe.

CARLOS. Esa rival que ha venido...

HORTENS. No sé quién tenga rivales.

FACUNDO. (¿Querrá este tambien el título?)

CARLOS. ¿Hortensia va usté á negarme?...

HORTENS. Yo nada niego.

CARLOS. ¿Es decir
que no teme usted?...

HORTENS. A nadie.

CARLOS. Si Luis su primer amor
recuerda...

HORTENS. Si recordase,
tuviera yo un desengaño
oportuno y saludable.
Si no, viviré tranquila
sin dudar de que me ame.

CARLOS. De modo que usted se alegra?...
HORTENS. Mas que puede usted pensarse.
Una entrevista yo misma
voy hora á proporcionarles.
CARLOS. Usted misma? Cuánto diera
porque vencida quedase!
HORTENS. Quién? Ella?
CARLOS. Usted.
HORTENS. Muchas gracias.
Está usted hoy muy amable.
CARLOS. Si usted comprender pudiera...
HORTENS. Comprendo.
CARLOS. No lo bastante.
Quizás esta misma noche, (*Con pasion.*)
si mi suerte es favorable,
podré decirla...
FACUNDO. (¡Demonio!)
(*Sobresaltado y con rapidez.*)
Mire usted que se hace tarde
y en la asamblea...
CARLOS. Es verdad.
FACUNDO. Vámonos pues.
CARLOS. Al instante.
CARLOS. *y* FAC. Señora?... (*Saludando.*)
HORTENS. Que vuelva usted.
CARLOS. No es menester que lo encargue.
HORTENS. Adios.
FACUNDO. Primero ministro:
(*En el foro aparte á Carlos.*)
luego... marqués ó... quién sabe? (*Vánse.*)

ESCENA IX.

HORTENSIA.—*A poco* LUIS.

HORTENS. Ya en acudir á mi cita
no se puede detener.
Si al padre logro traer
y él desprecia á Margarita!...
LUIS. Señora marquesa?...
HORTENS. ¡Oh!
Señor don Luis, bien llegado.

LUIS. ¿Me esperaba usté? ¿He tardado?
No me lo perdono.
HORTENS. Yo
pienso ser mas generosa;
que puntualidad pedir
á un ministro, es exigir
imposibles.
LUIS. ¿Tanta prosa
tiene ese pobre destino
que impide acudir puntual
á esta esfera celestial?
HORTENS. Bien al revés lo imagino.
Mas los negocios...
LUIS. Se engaña.
HORTENS. Que eran primero juzgué.
LUIS. Nadie es primero que usté.
HORTENS. ¿Ni la España?
LUIS. Ni la España.
HORTENS. Gracias.
LUIS. ¿Pues tanta fortuna
tengo que muchas me da,
aventurado será
atreverme á pedir una?
HORTENS. Como no sé cuál aun...
LUIS. ¿Pues quien tantas gracias tiene
en dar una se detiene?
HORTENS. Eso... conforme y segun.
Que en un asunto formal,
si alguna razon preside,
antes del «*como se pide*»
debe verse el memorial.
LUIS. No es caso en que la razon
pueda nada decidir,
porque el que vengo á pedir
se dirige al corazon.
¿Veré llenos los deseos
de mi atrevimiento loco?
HORTENS. ¡Ay! ¡si viera usted qué poco
entiendo de discreteos!
LUIS. No comprende usted?...
HORTENS. Tal cual.
Mas como no soy muy diestra

temo...

LUIS. Claro lo demuestra
aquello del memorial.

HORTENS. Pretendo que su escelencia,
atendiendo á mi porfia,
á una amiga suya y mia
conceda una corta audiencia.

LUIS. Bien.

HORTENS. Llame usté á su razon
y sépase sujetar.
De lo que va usted á hablar (*Con marcada intencion.*)
pende mi resolucion.
Una prueba decisiva
va á sufrir que el amor sella.
Salga usté incólume de ella
y le amaré mientras viva.

LUIS. Pero?...

HORTENS. Nada mas me diga.

LUIS. ¿Por su amor qué hay que no hiciera?
Hable usted.

HORTENS. Mi amiga espera.

LUIS. Si; mas...

HORTENS. Espera mi amiga.

LUIS. ¡Hortensia!

HORTENS. Agúardeme usté. (*Váse.*)

ESCENA X.

LUIS.

¡Señor ministro!... Esto humilla (*Reflexivo.*)
Marqués .. ¡Oh! un título brilla.
Casándome... lo tendré.
Amor vé su conclusion
donde la ambicion empieza.
Habla tú sola, cabeza,
y calla tú, corazon.
De valor no me hallo falto
para vencer y sufrir.
Yo necesito aun subir,
si... pero subir muy alto.
Soy muy poco. Este poder

que antes tan grande creia
no le basta al alma mia.
En el mundo hay mas que ser.
Si hubiera un sol mas brillante
que ese sol que está en el cielo,
quizás á mi altivo anhelo
no fuera su luz bastante.

ESCENA XI.

LUIS.—MARGARITA, HORTENSIA.

MARG. (¡Oh! yo tiemblo.)
LUIS. Señorita?...
¡Ah! (*Reconociéndola.*)
HORTENS. (Traslado al pretendiente.) (*Ap. á Luis.*)
El ministro presidente. (*Presentándolo.*)
LUIS. Yo... (*Turbado.*)
HORTENS. Mi prima Margarita. (*Saluda y váse.*)

ESCENA XII.

LUIS, MARGARITA.

LUIS. ¡Margarita!
MARG. ¡Adios! (*Dando un paso.*)
LUIS. ¿Tú aqui?...
¿Tú aqui? ¿Qué es esto?
MARG. La muerte
de una esperanza, que al verte
dejó de existir en mí.
LUIS. Pero...
MARG. Otra cosa esperaba:
no sucedió... Bien está.
¡Y era esa esperanza ya (*Con dolor profundo.*)
la sola que me restaba!
LUIS. (¡Dios mio!) Escucha.
MARG. ¡No mas!
Los tiempos que ya pasaron
de mi mente se fugaron
para no volver jamás.
LUIS. Pero yo...

MARG. Necia creí,
no contando con la ausencia,
que al mirarme en tu presencia
volarias hácia mí.
No fué asi. ¡Lo quiso Dios!
Mi afecto puro y sincero
te dá aqui el adios postrero,
que es este mi postrer adios.
LUIS. ¡Margarita!
MARG. ¡Cielos!... No,
no es este su dulce acento.
LUIS. Aquel tiempo de contento...
MARG. Aquel tiempo... ya pasó.
Sus dias de fé y de gloria
ya á gozar no volveré...
¡Oh! no profanes su fé,
que aun bullen en mi memoria.
LUIS. Ese llanto...
MARG. Es por el fin
de una esperanza de amores.
Con él regaré las flores
de mi arabesco jardin.
Entre ellas tuvo su ser,
alli comenzó á subir...
¡Ellas le verán morir
como le vieron nacer!
LUIS. (¡No sé que decir!)
MARG. Ardiente;
pero sublime, ideal,
aquel amor celestial
llenó de los dos la mente.
Cuántas veces al morir
del sol la luz postrimera
íbamos por la ribera
del fresco Guadalquivir,
y esclamábamos los dos
entre el murmullo del rio:
«Qué gloria es amar, Dios mio!
¡Bendito seas, gran Dios!»
Y asi un dia y otro dia
sin zozobras ni temores
aquella vida de amores

hermosa y feliz corria.

LUIS. ¡Hermosa y feliz! (*Conmovido.*)

MARG. Y yo
¡qué breve la vi correr!

LUIS. Esa vida ha de volver. (*Con entusiasmo.*)

MARG. Esa vida... ya pasó.
Es un recuerdo no mas
que á la vez mata y consuela.
Cuando una ventura vuela
no puede tornar jamás.

LUIS. ¡Ah! ¡Calla! Mi posicion
ser el mismo me ha impedido.

MARG. ¡Ay!... esa frase me ha herido (*Con dolor*
de muerte en el corazon. (*profundo.*)

LUIS. Pero...

MARG. Mi pasion sencilla
soñó un pecho en que hallar eco.
¡Ese pecho... estaba seco!

LUIS. ¡Margari!... (Un título brilla!
¿Qué la digo?)

(*Dando un paso hácia Margarita y deteniéndose.*

MARG. ¡Adios, adios!
De una esperanza vivia:
muerta esa esperanza mia,
tan solo me queda Dios.

LUIS. ¡Ah!

MARG. Sin este amor profundo
que es mi aliento, que es mi calma,
sin el alma de mi alma,
¿qué me queda en este mundo?

FELIX. (¡Hija mia!)

(*Que se habrá presentado momentos antes en el foro.*)

LUIS. Yo...

MARG. Tú... ¡Oh! (*Sin poderse con-*
Tú eres por quien peno y clamo, (*tener.*)
tú el que amaba... tú ¡el que amo!..

LUIS. ¡Margarita!

FELIX. ¡Hija! (*En tono de reconvencion.*)

MARG. ¡No, no!
(*Separándose de Luis.*)

ESCENA XIII.

DICHOS.—D. FELIX.

LUIS. ¡Don Félix! (*Balbuciente.*)
FELIX. ¡Bien, Margarita!
MARG. ¡Padre!
FELIX. Todo lo he escuchado;
y yo el cuento comenzado
concluiré.—Esta señorita,
de una amiga suya y mia
hablaba á usté hace un instante,
que olvidó á un antiguo amante
por que él no la merecia.
MARG. ¡Si, olvidó! (*Haciendo un esfuerzo.*)
FELIX. Era una mujer
tierna, pura, inmaculada,
y él... alma pobre y gastada,
no la llegó á comprender.
MARG. ¡Le olvidó!
(*Apoyándose en el respaldo de un sillon.*)
FELIX. Y es natural; (*Con profundo dolor.*)
no pudo seguir su huella.
Era un hombre, un ángel ella.
Empleó su amor muy mal.
LUIS. Yo, señor...
FELIX. En el Congreso (*Cambiando de tono.*)
hace falta su presencia.
Vaya tranquilo *vuecencia*,
que luego hablaremos de eso.
LUIS. Cuanto tengo, cuanto soy...
FELIX. Gracias. (¡Oh ya me protege!)
LUIS. Todo es de usted.
FELIX. Si. (*Con amargura.*)
LUIS. No deje
de servirse de mí.
FELIX. Estoy.
Gracias. (*Con amarga ironia.*)
LUIS. Lo digo á los dos.
FELIX. Gracias tambien en su nombre.
Gracias. (*Con fingida calma.*)

Luis. (¡Dudo!..)
Felix. (¡Este es el hombre!)
Luis. (¿Qué me pasa?) Adios!
(*Vacila un momento y váse.*)
Felix. Adios. (*Con desprecio.*)

ESCENA XIV.

Margarita, D. Felix.

Marg. ¡Padre!
Felix. Estamos solos. Llora.
(*Despues de pasear una mirada por la escena.*)
Corra tu llanto á raudales
en los brazos paternales
de este viejo que te adora.
Marg. ¡Ay!
Felix. En tu dolor profundo
hay quien con ellos te ciña...
Llora, llora, pobre niña,
los desengaños del mundo.
Marg. No puedo estar aqui mas.
Este aire me ahoga!
Felix. Si.
Vamos, vámonos de aqui. (*Ahogado por el dolor.*)
Marg. ¡Qué no lo vea jamás!
Felix. ¡Por deseos ambiciosos
perder esta fé sencilla!
Marg. Volvámonos á Sevilla,
tornemos á ser dichosos.
Yo olvidaré... quizá pueda
desterrar de la memoria
ese amor que era mi gloria.
¡Oh! ¡nada, nada me queda!
Felix. ¡Si! te quedo yo.
Marg. ¡Perdon!
Felix. Te queda un padre, un amigo
que sabrá llorar contigo,
hija de mi corazon!
¡Llorar solo, hija infeliz,
puede ya tu triste padre!...
Él, que á tu difunta madre

prometió hacerte feliz.

MARG. ¡Padre mio!

FELIX. ¡Santo Dios!
¡Miradla cuán pura y bella!
¡Dadme vida para ella!
Si, que suframos los dos.
Por ahorrarte un padecer,
por darte, pobre hija mia,
un minuto de alegria,
un instante de placer,
la calma gustoso diera,
diera mi dicha contento,
lanzara el último aliento,
y aun poco me pareciera.
Olvida cuanto te cuadre
tus afectos insensatos...
Todos, todos son ingratos...
¡No hay mas amor que el de padre!

MARG. ¡Oh!

FELIX. Si. El saber de mis años
hará que pronto te cures.
Hoy es preciso que apures
la hiel de los desengaños.
Vas á mirar á mi modo,
en lo mas noble, bajezas...
Pues hoy á sufrir empiezas,
súfrelo de un golpe todo.
Te encuentran jóven y bella,
ángel de puros amores,
y un millar de adoradores
va siempre tras de tu huella.
Te aman... te adoran... Tú ves
cuánto ese amor les obliga,
mas... no sé si te lo diga...
¡Horrible esta verdad es!
Ese amor que el cielo mismo
que les inspira parece,
que los alza y engrandece,
ese amor... es egoismo!
Solo este afan les induce:
no te quieren por querer:
te quieren... ¡por el placer

que quererte les produce?
MARG. ¡Padre!
FELIX. No es ilusion vana
de mi escéptica ansiedad.
Es una amarga verdad
de nuestra miseria humana.
Llora, si, cuanto te cuadre
desengaño tan profundo,
y no olvides que en el mundo
no hay mas amor que el de padre.
MARG. ¡Qué horror!
FELIX. Lo ve la razon,
mas nunca ha de conocerse...
¡Los hombres no quieren verse
tan mezquinos como son!
MARG. Todos no serán asi.
FELIX. Con sus esperanzas locos
hay, Margarita, muy pocos
que se esceptuen aqui.
Ese Dios, que desde el cielo
dió al aura olores suaves,
blanda armonia á las aves
y hermoso verdor al suelo,
con un alma nos dotó
capaz de grandes acciones,
que el hombre en sus ambiciones
de inmundo lodo manchó.
MARG. Aun con su recuerdo lucho
por mas que razon te sobre.
FELIX. Perder un amor tan pobre
no debe sentirse mucho.
Piensa tú como yo pienso
y asi te resarcirás,
que en mí un amor hallarás
grande, inestinguible, inmenso.
Con sus mezquinas hazañas
presto de tí se olvidó;
mas... ¡cuándo olvidaré yo
á la hija de mis entrañas!!!
MARG. Huyamos de aqui.
FELIX. Si, si.
Alli tranquilos los dos,

sola conmigo y con Dios
le olvidarás.
MARG. ¡Ay de mí!
FELIX. No es digno de tu pasion
el que holló tu amor primero.
MARG. ¡Y sin embargo... le quiero!
(*Delirante y cayendo en los brazos de D. Félix.*)
FELIX. ¡Hija de mi corazon!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

La decoracion del segundo.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS, D. FACUNDO.

(Se miran un momento con ansiedad: despues dice cada cual «bien» con suma alegria.)

FACUNDO. Bien.
CARLOS. Bien.
FACUNDO. Mejor no se puede.
CARLOS. D. Félix?...
FACUNDO. Nada sospecha.
CARLOS. La votacion?...
FACUNDO. Cosa hecha.
CARLOS. Pues ruede la bola.
FACUNDO. Ruede.
CARLOS. No cabe en cabeza humana
ir mejor. Nuestra es la suerte.
FACUNDO. Amigos hasta la muerte.
CARLOS. Amigos... (hasta mañana.)
No habrá cuidado?
FACUNDO. No. Y
sigue la reunion?

CARLOS. Si, voy...
FACUNDO. ¡Animo! El gran dia es hoy.
CARLOS. ¡O César ó nada!
FACUNDO. Si.
CARLOS. ¿Y Luis?
FACUNDO. No sé: hablará
con su marquesa.
CARLOS. ¡Pues no!
¿Será marqués?
FACUNDO. ¿Qué sé yo?
Mas por mal camino va.
Amor de nuevo le incita;
y sus planes olvidando,
toda la noche bailando
ha estado con Margarita.
CARLOS. Si abriga intenciones rectas...
FACUNDO. ¡Quia! no. ¡Es tan ingrato!
CARLOS. ¡Eh?
(*Mirándole con recelo y variando completamente de tono.*)
Y qué le parece á usté
la direccion de Indirectas?
FACUNDO. Ya madurará la uva.
CARLOS. La vendimia es estos dias.
Habrá subsecretarias...
FACUNDO. (¡Pues!)
CARLOS. É intendencias de Cuba.
FACUNDO. Con poco me satisfago;
pero por no hacer desprecio...
CARLOS. (Se la traga como un necio.)
FACUNDO. (Y piensa que me la trago.)
CARLOS. ¿Con que negocio arreglado?
FACUNDO. Con tal que siga corriendo... (*Indicando dinero.*)
CARLOS. De eso no hay que hablar.
FACUNDO. Comprendo.
Váyase usted descuidado.
CARLOS. Un momento. ¿A qué ha venido
don Félix?
FACUNDO. Si no me engaño
solo por un desengaño.
CARLOS. ¿Y lo lleva?
FACUNDO. Muy cumplido.

Carlos. ¿Nada mas?
Facundo. ¿Y poco es?
Carlos. ¿Qué exige?
Facundo. La deuda toda.
Pensaba arreglar la boda.
Carlos. Y Luis...
Facundo. Quiere ser marqués.

ESCENA II.

Dichos.—D. Felix.

(*Sale por la izquierda, dirigiendo una mirada á los salones de baile. En toda la escena habla con cierta languidez, como quien ha perdido toda esperanza.*)

Felix. (¡Bailad, bailad!)
Carlos. (Hélo aqui. (*A D. Facundo.*)
Facundo. Este árbol ya no da sombra.
Váyase usted.)
Felix. (Aqui estan.)
Carlos. (Al punto.) (*A D. Facundo.*)
Facundo. Don Félix?...
Felix. ¡Hola!
¿Se iba usted? (*A Cárlos.*)
Carlos. Si.
Facundo. Si.
Felix. Un momento.
Carlos. (Si pide... ¿Pero qué importa?)
Felix. Tengo que exigir á entrambos
un favor.
Facundo. (¡Malo!)
Carlos. Yo...
Felix. Es cosa
que me interesa, y espero
que ustedes...
Carlos. Si está en mis cortas
facultades...
Felix. Si.
Carlos. Pues crea
que la tomaré por propia.
Felix. Gracias.

FACUNDO. (¡Destinito! ¡ruina!)
FELIX. (¡Teme que le pida!) (*Con desprecio.*)
CARLOS. (¡Hay horas
fatales!)
FELIX. Pues es el caso...
CARLOS. Debo, por si usted lo ignora, (*Interrumpién-*
advertirle que mi influjo (*dole.*)
es nulo, que mi persona
nada significa... nada:
por lo tanto...
FELIX. Eso no obsta.
CARLOS. (Respiro.)
FELIX. Quiero de ustedes
que si algun dia las cosas
cambiaran, y Luis cayera...
FACUNDO. ¿Quién piensa en eso?
FELIX. Si rotas
las alas, triste desciende
y vuelan triunfos y glorias,
halle en los dos dos amigos.
Sé lo que es la ambicion loca,
y que hay quien no sobrevive
mucho tiempo á una derrota.
FACUNDO. ¿Mas y usted?
FELIX. No estaré aqui.
CARLOS. ¿Cómo?
FELIX. Me vuelvo. Esta atmósfera
no es para mí.
FACUNDO. (¡Ya, ya!)
FELIX. El aire
de la córte me sofoca. (*Melancólico.*)
Este ir y venir... Los viejos
deseamos otra cosa.
Paz, tranquilidad, descanso,
aire libre, fresca sombra,
un poco de sol... Hé aqui
una vida deliciosa.
CARLOS. ¿Pero se va usted?...
FELIX. Mañana.
CARLOS. ¡Qué resolucion tan pronta!
FELIX. Mi última ojeada al mundo
me hace ansiar á toda costa

la vida tranquila.

FACUNDO. (Si.) (*Con ironía.*)

CARLOS. Pero usted no reflexiona
que su hija es joven, y que?...

FELIX. Se me vino á la memoria.
Mas... ¿qué quiere usted? Los viejos
solo en el retiro gozan;
la vejez es egoista
y... Mas volvamos la hoja.
¿Podré marcharme seguro
de que si una pena acosa
á Luis, no se verá solo?

CARLOS. Deseche toda zozobra.

FACUNDO. Lo mismo digo. (No alcanzo
de su idea ni una jota.)

CARLOS. Eso y mas. De cuanto soy
quiero yo que usted disponga.
Mi posicion, mi...

FELIX. Mil gracias.
(Ve que no pido y otorga.)

CARLOS. Si algo tiene que mandarme...

FELIX. Para esta súplica sola
y para decirle adios
vine á buscarle.

CARLOS. Es ociosa
toda oferta que le hiciera.
Mejor lo dirán las obras.

FELIX. Gracias.

CARLOS. ¡Qué! (Mientras no pide
no hay un amigo de sobra.)

FELIX. Oiga usted. Dice el refran
que este mundo es una bola:
los que hoy estan en la cúspide
mañana el abismo tocan;
los que hoy satisfechos rien
mañana afligidos lloran.
Yo he visto opulentas casas
hacer al fin bancarrota,
y he visto casas humildes
elevarse sobre todas:
he visto á la España grande
dominar á media Europa,

y á su vez la he visto débil
bajar la frente orgullosa.
Mañana quizás altiva
torne á su pasada gloria,
si otra gran nacion se hunde
á otra vuelta de la bola.
Hombres, familias, naciones,
esta verdad todos tocan:
el que hoy sube, cae mañana,
y pasado á subir torna.
No ya por bondad... por *cálculo*
tienda una mano amistosa
al caido, que muy pronto
necesitará usted otra.

CARLOS. Mas...

FELIX. No quiero detenerle.
¡Adios! y fortuna próspera.

(*D. Félix acompaña á Carlos hasta la puerta izquierda del foro.*)

FACUNDO. (Se va... Nos le recomienda... (*Pensativo.*)
Trama con este ó le esplora...
Quiere al otro... El otro olvida...
Pues, señor, no veo gota.)

ESCENA III.

D. FELIX, D. FACUNDO.

FELIX. Con que adios.

FACUNDO. Aguarde usté.
(Si iba á pedirle un destino,
y al verse en tal mal camino
retrocedió... Esploraré.)

FELIX. ¿Decia usted?...

FACUNDO. Voy allá.
(Tiene aun fondos... y si quiere...)

FELIX. Mire usted que hay quien me espere.

FACUNDO. Bien. (Pues, señor, allá va.)
Con franqueza: ¿qué tenia
usted que decirme?

FELIX. ¡Yo!

FACUNDO. ¿Conmigo evasivas?

FELIX. No.

Es que usté en nada confia.

FACUNDO. Sé de destinos muy buenos. (*Pausa.*)
¿Mas claro? ¿Me esplico asi?

FELIX. Si antes no lo comprendí
ahora lo comprendo menos.

FACUNDO. Es decir que Luis y Carlos
abandonan ya del todo
al que no perdonó modo
alguno para elevarlos?
Lo dudo aunque lo estoy viendo,
y no lo hubiera pensado.
¿Mas vamos, y qué ha pasado?

FELIX. ¿Pero qué está usted diciendo? (*Impaciente.*)
Con la falsa observacion
que cualquier cosa le inspira,
en todo malicia mira,
en todo busca intencion.

FACUND. Me quiere usted hacer creer
que esa marcha?...

FELIX. Vamos, vamos;
veo que nunca llegamos
á podernos entender. (*Incómodo.*)

FACUND. Mas...

FELIX. Me voy... me voy porque...
porque este ambiente envenena,
porque el alma aqui se llena
de un horrible no sé qué.
Porque ver no puedo en calma
mas tiempo á esta gente loca
¡siempre con risa en la boca!
¡siempre con llanto en el alma!
Porque el sentido me embarga
y el pecho me está oprimiendo,
que en cada minuto aprendo
una verdad mas amarga.
Porque solo vanos nombres
son los afectos que hallé;
porque... porque... en fin, porque
voy detestando á los hombres.
¿Qué mas quiere usted? Me arredra
con su cínica maldad
esta... *culta* sociedad

de alma de carbon de piedra.
Cuando en su centro me miro
y penetro en su conciencia
á pesar de mi esperiencia
tengo miedo... y me retiro.
¿Qué he de hacer? ¡Pobre de mí!

FACUND. Si eso es asi...

FELIX. Don Facundo,
este mundo no es el mundo
de quien algo tiene aqui. (*Señalando el corazon.*)

FACUND. Pero en esta sociedad
se medra como en ninguna.

FELIX. Es que...

FACUNDO. ¡Bah!

FELIX. Es que la fortuna
no dá la felicidad.
El que mendiga el sustento,
el que trabaja y se afana
de la noche á la mañana
por un mezquino alimento,
el que riega con sudor
el pan de sus estrecheces,
es mas feliz ¡cien mil veces!
que su opulento señor.
Los reyes dictan las leyes
desde alcázares suntuosos:
¿y son los reyes dichosos?
¡Pobre reyes! ¡Pobres reyes!

FACUNDO. ¿Y quién ha de gobernar
si en hacerlo hay tal suplicio?

FELIX. Quien lo haga por sacrificio,
no por ánsia de medrar.
Hombre de gran corazon,
que de hacer el bien ansioso,
sacrifique su reposo
en aras de la nacion.
Hombres que no ansien subir,
y que sepan al mandar
que alli no se va á gozar,
sino á penar, á sufrir.

FACUNDO. Mas si con conciencia pura
se sube y con frente tersa...

FELIX. La dicha en razon inversa
siempre estará de la altura.
FACUNDO. Bien. Mas *palabras* dejemos,
y vamos á lo que importa.
Mi plática será corta
porque... ya nos entendemos.
Luis y Carlos olvidaron,
como es razon y costumbre,
y subiendo hasta la cumbre
en la falda le dejaron.
No me espanta.
FELIX. Pero...
FACUNDO. Al mundo
cada cual por algo vino. (*Pausa.*)
¿Usted quiere un buen destino? (*Con resolucion.*)
Yo le tengo.
FELIX. ¡Don Facundo! (*Indignado.*)
¿Por quién me toma usted á mí?
Mas ¿cómo puede usted ahora (*Meditabundo.*)
dar empleos, si ha una hora
los pedia?
FACUNDO. (¡Me vendí!) (*Con despecho.*)
FELIX. Pronto. (*Con imperio.*)
FACUNDO. Nunca falta modo... (*Turbado.*)
(Nada pienso de provecho.)
FELIX. Pronto; todo lo sospecho
y quiero saberlo todo.
FACUNDO. Pero si es el caso que...
FELIX. Nada de engaños discretos,
porque conozco secretos
que pueden perder á usté.
FACUNDO. Yo... mi conciencia... mi honor...
FELIX. ¿Su conciencia de usted?
(*Con indignacion y sarcasmo.*)
FACUNDO. Si.
FELIX. ¡Su honor! Hable usté, ó de mí
no respondo.
FACUNDO. ¡Yo .. señor!...
FELIX. Hable usted.
FACUNDO. En la reunion
(*Despues de un momento de vacilacion.*)
que ahora se está celebrando,

Carlos y los de su bando
votan con la oposicion.

FELIX. ¿Y Luis?

FACUNDO. En él confiado,
cree su triunfo seguro.

FELIX. ¿Eso es cierto?

FACUNDO. Se lo juro.

FELIX. ¿Y si fuese derrotado?

FACUNDO. Como que su dimision
estaba ya presentada...

FELIX. (¡Pobre Luis!)

FACUNDO. Será aceptada.

FELIX. ¿No hay medio de salvacion?

FACUNDO. La comision que se vota
de la oposicion será.
Esto, como usted verá,
equivale á una derrota.

FELIX. (Si yo... no... si... puede ser.) (*Luchando.*)

FACUNDO. (Qué planes tendrá?)

FELIX. Al momento
va usted á ir en seguimiento
de Carlos, y á detener
la votacion.

FACUNDO. ¿Qué pretesto?..

FELIX. Usted verá. Lo que haga
en esta ocasion se paga
régiamente. Con que presto.

FACUNDO. Es que no encuentro recurso...

FELIX. De aqui allá la mente tuerza.
Que Carlos crea que es fuerza;
y él pronunciará un discurso
que prolongue... Vuelva usté
á decirme el resultado.

FACUNDO. Si, si.

FELIX. Silencio y ¡cuidado!

FACUNDO. Como de mármol seré.
Ha tocado usté un registro...

FELIX. Repito que el oro sobra.

FACUNDO. Adios.

FELIX. El que calla..... cobra.

FACUNDO. (¡Este quiere ser ministro!)
(*Despues de meditar un momento.*)

ESCENA IV.

D. FELIX.

Adios, horrible vestiglo
en quien la maldad se cifra;
adios por siempre, *hombre-cifra,*
daguerreotipo del siglo.
. . . .
¡Todos con igual afan,
todos con el mismo anhelo!
¿Qué buscan en este suelo?
¿Qué quieren? adónde van?
¡Ay!.. que han hecho se comprende
en su desenfreno intenso
del mundo un bazar inmenso
adonde todo se vende.
¡Oh!... nuestro destino fiero
fatalmente se ha cumplido!
El mundo está reducido
á una fórmula: «dinero.»
Alquimistas inhumanos
los hombres desde el nacer,
oro pretenden hacer
del llanto de sus hermanos.
. . . .
Y cuando loca y ruin
tu idea mires cumplida,
y á la tierra convertida
en California sin fin...
Cuando con loca ansiedad
amontones oro... y oro...
¿qué harás de tu vil tesoro,
miserable humanidad!
¿Despues tu dicha vendrá?
Oye un pronóstico fiero.
¡No! no! Querrás mas dinero,
tu sed no se apagará.
Esa voz que atronadora
grita: «¡adelante! ¡adelante!»

avivará á cada instante
la infernal *locomotora.*
En ella, humanos, volad
con las alas del destino:
volad... que al fin del camino
¡hallareis la eternidad!

. . . .

En este huracan, que agita
todo cuanto estuvo en calma,
va fundida en otra alma
el alma de Margarita.
Aun hay seres ideales
que fé tienen y que adoran;
pobres ángeles, que lloran
por los mezquinos mortales.
Angel puro de consuelo,
que para tí no le hallaste,
¿por qué á la tierra bajaste,
si tu morada es el cielo?

. . . .

Pero es preciso pensar...
y con el alma tranquila.
Luis en su puesto vacila
y... ¡el caer le va á matar!
¿Y qué he de hacer? Frente á frente
luchar... luchar y vencer.
De un lado... astucia... poder...
de otro, yo... ¡viejo!... ¡impotente!...
¡No puedo! Terrible, fija,
sola una idea hay aqui;
y esa idea... esa... ¡ay de mí!
¡va á morir mi pobre hija!
Morir, si... morir los dos
antes que la dicha ver!
¡Ella! no, no puede ser,
no puede quererlo Dios.
¿Y él?... Aunque al olvido dió
por la que tanto me aflijo...
aunque la olvida... ¡es mi hijo!...
Y no encuentro un medio... Oh!
Si nula la humana ciencia
su mentira está tocando,

¿para cuándo, para cuándo
tu divina providencia?

ESCENA V.

D. Felix.—Hortensia.

(*Despues de pasear una mirada por la escena.*)

Hortens. Tampoco aqui.
Felix. (Si... él la vida (*Ensimismado.*)
me debe... y sabrá obligarlos...)
¡Hola!
(*Dominando su agitacion al ver á Hortensia.*)
Hortens. ¿Ha visto usted á Cárlos?
Felix. (La vida... esto no se olvida.)
¿A Cárlos?
Hortens. Si.
Felix. Se ha marchado.
(¿Por qué por Cárlos pregunta?)
(*Como queriendo columbrar algo.*)
Hortens. ¿Dónde?
Felix. (Será la presunta...)
No sé. (¡Si aun no se ha votado!...)
(*Volviendo á su primera idea.*)
Oye: tú, que cuanto pasa
por tu posicion sabrás,
decirme quién es podrás
esa que con Luis se casa?
Hortens. ¡Yo!... ignoro... (*Aterrada.*)
Felix. (No hay duda ya.)
Si, mujer... recuerda... esa...
la marquesa... la marquesa
de...
Hortens. No atino. (*Turbada.*)
Felix. Piensa.
Hortens. (¡Ah!)
Felix. (¡Era su *amiga*!) Queria,
es decir, me precisaba
saber cómo se llamaba.
(Un decreto... aun se podria...)
(*Luchando con las dos ideas.*)

¿Con que no recuerdas? Bien:
no te apures... Es asunto
que si á cien se lo pregunto
me lo refieren los cien.
¡Es tan público! Verás
como al momento... (*Dirigiéndose hácia la puerta.*)

HORTENS. No, no.
(*Deteniéndole con viveza.*)
Tal vez lo recuerde yo.

FELIX. Bien. (No quiero saber mas.)
¡Recuerda! Si todo el mundo
lo sabe...

HORTENS. (¡Qué compromiso!)

FELIX. Calma.

HORTENS. Si.

FELIX. (Si, si... es preciso...
¡Cuánto tarda!...) ¡Don Facundo!
(*Viéndole aparecer en la puerta derecha del foro.*)

ESCENA VI.

DICHOS.—D. FACUNDO.

FACUNDO. (Como se pide.) Señora?... (*Ap. á D. Félix.*)

FELIX. Bien. (Un coche y...)

FACUNDO. (Le encontré (*Idem.*)
antes de llegar, y fué
á ver si gana una hora.
Le persuadí...

FELIX. Bien está.)
Voy aqui... (*A Hortensia.*)

HORTENS. ¿Y?... (*Con ansiedad.*)

FELIX. No precisa.
Si buenamente... No hay prisa.
Hasta luego.

FACUNDO. (¿A dónde va?) (*Con curiosidad.*)

ESCENA VII.

HORTENSIA, D. FACUNDO.

HORTENS. (¡Me salvé!)

FACUNDO. (Juntos se hallaban...
Si traman de mancomun...)
HORTENS. Qué hay en la asamblea?
FACUNDO. Aun
en la votacion no estaban.
(Por lo que pueda tronar
bueno es estar bien con esta.)
HORTENS. ¿Se aprobará la propuesta?
FACUNDO. Sobre eso... hay mucho que hablar.
HORTENS. ¿Cómo?
FACUNDO. Si es de usted amiga
(*Con mucha intencion.*)
la que *tierna y amorosa*
va á ser del ministro esposa,
le suplico que la diga,
que si la estrechan ahora
porque su mano conceda,
se tome tiempo... y no acceda
hasta dentro de una hora.
HORTENS. ¿Pero qué va á suceder? (*Con sorpresa.*)
FACUNDO. Si aguarda la hora cumplida,
el ministro que la pida
puede otro ministro ser.

ESCENA VIII.

DICHOS.—D. LUIS.

LUIS. Hortensia...
FACUNDO. (Si á este tambien
(*Queda algo apartado y meditabundo.*)
lograra atrapar!)
LUIS. Creia
que aqui á usted encontraria,
y vengo...
HORTENS. Gracias.
FACUNDO. (¡Bien! ¡Bien!)
(*Como habiendo concebido una idea.*)
LUIS. Su luz me sirvió de estrella.
HORTENS. Pobre luz!
FACUNDO. (¡Logré atraparlos!)
(Mucho cuidado con Carlos,

(*A Luis bajo y con rapidez.*)
con D. Felix y con ella.)
LUIS. ¿Eh? (¿Qué me quiere decir?)
(*Don Facundo se lleva un dedo á los labios.*)
HORTENS. Está usted meditabundo.
LUIS. ¿Yo?... (*Con sonrisa forzada.*)
FACUNDO. Con que?... (*Saludando.*)
LUIS. Adios, don Facundo.
(*Con amabilidad.*)
FACUNDO. Adios (y verlas venir.) (*A Luis.*)
HORTENS. Adios. (*D. Facundo pasa al otro lado.*)
FACUNDO. (Lo dicho.) (Tambien (*A Hortensia con*
pillo á este, que el cuarto era. *rapidez.*)
Pues señor, suba quien quiera (*Satisfecho.*)
ya con todos estoy bien.)

ESCENA IX.

HORTENSIA.—D. LUIS.

LUIS. (Que recele.) (*Pensativo.*)
HORTENS. (Que no acceda.) (*Idem.*)
LUIS. Hortensia...
HORTENS. Luis...
LUIS. Siga usted.
HORTENS. No, usted.
LUIS. ¿Y á qué he de seguir
si ya he dicho veces cien
lo que ahora decir podria,
lo que siempre la diré?
Si sabe usted que la quiero
cuanto es posible querer,
si sabe usted que la adoro...
HORTENS. ¿Pero por dónde lo sé?
LUIS. Ojos y labios lo dicen.
HORTENS. ¿Lo dice el alma tambien?
LUIS. ¿No vió usted que á Margarita?...
HORTENS. No basta.
LUIS. ¿Pues qué he de hacer?
¿Exige usted otra prueba?
HORTENS. ¡Prueba? La que usted me dé.
LUIS. Si ofreciese á usted mi mano,

si yo rindiera á sus piés
posicion, porvenir, todo...
¿lo habria probado bien?

HORTENS. ¡Gran prueba fuera por cierto!

LUIS. Dada está.

HORTENS. (¿Qué le diré?)

LUIS. ¿No responde?

HORTENS. (Aquel consejo...)
¿Qué he de contestar si sé
que á mi prima?...

LUIS. (¡Margarita!)
Eso ya no puede ser.
Vanos amores de niños...

HORTENS. Pero está en Madrid.

LUIS. ¿Y qué?

HORTENS. Ella...

LUIS. Hortensia, usted no ignora
que á los dos nos está bien.
Una respuesta.

HORTENS. Yo... ¿Cómo
piensa en amor cuando vé
que en este momento mismo
decidiendo estan tal vez
su fortuna?

LUIS. Eso tan solo
bastara para hacer ver
cuán inmenso es mi cariño.
Hortensia, decida usted.
Ahora, ó nunca.

HORTENS. (Ya es preciso
ó contestar ó romper.)

(Reparando en una flor muy pequeña que lleva Luis en un ojal.)

¡Ah! esa flor... (Hallé un pretesto.)

LUIS. Esta flor... (¡Oh!...) Tome usted.
¿Qué mas pide?

HORTENS. A tantas pruebas
con una contestaré.
¿Tiene usté enemigos?

LUIS. Todos
los que creo he menester,
como dice Karr.

HORTENS. ¿Y amigos?
LUIS. Uno solo; mas tan fiel,
que á él me entrego enteramente,
y él es mi único sosten.
HORTENS. ¿No teme que le derriben
esta noche?
LUIS. No.
HORTENS. ¿Por qué?
LUIS. Porque él manda en la asamblea.
HORTENS. ¿Y si le vendiese él?
LUIS. Imposible ; si asi fuera
no habria en el mundo fé.
HORTENS. Mas supongamos...
LUIS. Entonces
tédio me diera el poder,
y sin ambicion , sin alma
del mundo huiria tal vez.
Pero es imposible ; Carlos
es la mitad de mi ser.
HORTENS. En la asamblea hace falta
su presencia , Luis ; yo sé
que el hombre en quien mas confia
quien le está vendiendo es.
LUIS. ¡Cómo! (*Con dolorosa admiracion.*)
HORTENS. Ni mas se me ha dicho,
ni mas decirle podré.
Corra usté allá
LUIS. Si , si , voy.
HORTENS. Pronto.
LUIS. Adios.
HORTENS. Hasta despues.
LUIS. (Es imposible... no , no,
él no puede serme infiel.) (*Váse.*)

ESCENA X.

HORTENSIA.

¡Si triunfa!... honores, poder...
¡Cómo el corazon palpita!
¡Brillar!... ¿Pero y Margarita?
No, no le puede querer.

Le olvida. En su candidez
rechaza al que así ambiciona.
No así yo, que una corona
tuviera en poco tal vez.

ESCENA XI.

HORTENSIA. —MARGARITA.

MARG. ¡Prima! (*Loca de alegría.*)
HORTENS. ¿Qué tienes?
MARG. ¡Oh! mucho
gozo.
HORTENS. ¿Lloras?
MARG. ¿Qué le hace?
Deja, deja que te abrace.
Soy muy dichosa.
HORTEN. ¡Qué escucho! (*Aterrada.*)
MARG. Cuando menos esperar
de su cariño debí...
HORTENS. (¡Dios mio!)
MARG. Ha llegado á mí
y me ha sacado á bailar.
Cien parejas se lanzaron
al baile ardientes y bellas,
y á poco entre todas ellas
mil ojos nos contemplaron;
y en medio de aquel torrente
mas rápido á cada instante,
él siguió hablándome amante,
yo contesté balbuciente.
HARTEN. ¡Oh!
MARG. Del cansancio á despecho
valsábamos con ardor,
solos ya, cuando una flor
se desprendió de mi pecho.
El, dando treguas al val,
alzó la flor sin abrojos,
y, clavando en mí los ojos,
la colocó en un ojal.
Despues... todos se acercaban
á mí... y crucé los salones

en medio de aclamaciones
que de mil bocas brotaban.
Aun no adivino el por qué...
tal vez ese afan profundo
es el parabien del mundo
que tan dichosa me ve.
¿Y yo la muerte queria?
¡Oh!... ¡la vida es tan hermosa!
¡Soy dichosa, muy dichosa!
¡Abrázame, Hortensia mia!

HORTENS. (¿Qué es esto? ¡Ah!.. Si, si.) Repara
(*Como adivinando.*)
que finge mucho el deseo.

MARG. ¿Qué dices?

HORTENS. Que no le creo.

MARG. ¿Y á qué mentir si no amara?

HORTENS. ¡Margarita, por favor!
huye de esa falsa llama.

MARG. ¡Huir cuando mas me ama!

HORTENS. ¡Amarte!.. ¡Mira! (*Mostrándosela.*)

MARG. ¡Mi flor!
(*Tomándola dolorosamente sorprendida.*)

HORTENS. Por no aparecer ingrato
de tu padre á los favores
ante el mundo, á tus amores
ha tornado un breve rato.
Amarga la verdad es;
mas aqui malos y buenos
por afecto obran los menos,
todos van á su interés.
Recuerda á tu padre, y
por no hacerle mas penar,
templa ese rudo pesar,
vuelve, Margarita, en tí.

MARG. Remordimiento cruel
que noche y dia deploro:
él llora por mí, y yo lloro
por un hombre que no es él.

HORTENS. Él lo ve en supremo instante
de dolores indecibles.

MARG. ¡Oh! ¡deberán ser horribles
los celos de un padre amante!

Y lo sé, y aun á ese infiel
mas que nunca tierna adoro;
y por tí, padre, no lloro,
y estoy llorando por él!

HORTENS. ¡Prima!

MARG. Cuando año tras año
se ve el bien en lontananza
y aquella rica esperanza
la marchita un desengaño...
y luego vuelve la calma,
y vuelve otra vez á huir...
¿No es preferible morir,
á esta soledad del alma?

HORTENS. ¿Lloras?

MARG. ¿Cómo no llorar
si está mi pecho estallando,
si el aire me va faltando,
si ya no puedo esperar?
¡Oh! ¡no! y su primer ardor
mentira no pudo ser...
¿Tanto brilla ese poder
que hace olvidar el amor?
(*Con acento desgarrador.*)

ESCENA XII.

MARGARITA, HORTENSIA.—D. FELIX.

HORTENS. (¡Don Félix!)

FELIX. ¿Juntas aquí?
(Oye, si es que no recuerdas (*Aparte á Hortensia.*)
aquello, el tiempo no pierdas;
me lo han dicho por ahi.

HORTENS. (¡Dios mio!)

FELIX. ¿Y sabes quién era?
Su mejor amiga. ¡Pues!
¡Cuando grita el interés,
qué afecto ni qué tontera!)

HORTENS. ¿Vamos?
(*A Margarita desentendiéndose y con ansiedad.*)

MARG. Hortensia, ¿qué tienes?
¿Te pones mala?

HORTENS. No, no.
El cansancio... el calor... (¡Oh!)
FELIX. (Es una infamia.) (*A Hortensia.*)
HORTENS. ¿Te vienes?
MARG. Despues.
FELIX. (¿Qué quién es te diga?
(*A Hortensia contestando á una mirada suplicante.*)
HORTENS. Luego.
FELIX. Está en posicion alta.)
HORTENS. Prima... me voy... hago falta (*Idem.*)
en el salon.
FELIX. Bien. (¡Su amiga!)
(*Con profundo sarcasmo.*)

ESCENA XIII.

MARGARITA, D. FELIX.

FELIX. ¿Sufres?
MARG. No, no.
FELIX. Con placer
admiro ese fingimiento;
ocultas tu sufrimiento
por no hacerme padecer!
Y ya no lloras ni gimes...
¡Y yo á pesar de mis años!.. (*Enjugando una*
¡Hay magníficos engaños, (*lágrima.*)
como hay mentiras sublimes!
MARG. (¡Ay de mí!) Por un momento
creí que aun mi amante era:
esa esperanza postrera
voló en las alas del viento.
Ya nunca amaré... Si, si...
De cuanto sufro á despecho
aun queda amor en mi pecho,
queda mucho para tí.
FELIX. ¡Margarita!
MARG. ¡Padre!
FELIX. ¡Oh!
No asi mis consuelos huyas.
Tus alegrias son tuyas;
pero tus tristezas... no!

Ya que apagarlos no puedo,
yo lloraré esos amores:
la mitad de tus dolores
es mia .. y no te la cedo!

MARG. Mas...

FELIX. Mucho ha que comprendí
el alma de las mujeres:
Margarita, tú le quieres...
¡Y le quieres mas que á mí!

MARG. ¡Yo!.. ¡Cielo!

FELIX. Aunque oir te aflija
mi amarga verdad constante,
mas puede el amor de amante
que no el cariño de hija.

MARG. ¡Padre!

FELIX. En su alta prevision
dió el Señor causa á este efecto
para que vaya el afecto
de una á otra generacion.
Siempre querrás, porque asi
lo manda un principio fijo,
mas que á tu padre, á tu hijo,
y este al suyo, mas que á ti.
Si esto asi no sucediera,
si mas á tu padre amaras
y este al suyo, ¿no reparas
que el cariño se estinguiera?
Poco á poco el tiempo iria
debilitando esos lazos,
y al verlos hechos pedazos
la familia acabaria.
Dios, que todo lo concilia,
lo hizo en su saber profundo,
porque... ¿qué fuera del mundo
sin afectos ni familia?

MARG. ¡Oh!

FELIX. Tu esperanza voló
con tus divinas quimeras.
Si felicidad no esperas,
¿cómo he de esperarla yo?
Ya que de nosotros huya,
ya que verla no podemos,

pensemos...
MARG. Padre, pensemos
tan solamente en la suya.
FELIX. ¡Dios te bendiga! Pues bien;
desde su puesto encumbrado
va ser muy pronto lanzado,
purgando asi su desden.
Cuando el asiento se rompa,
en que tan soberbio está,
bien sabes que morirá:
él solo vive en la pompa.
MARG. Es necesario volar
y salvarle, y!..
FELIX. Ten el vuelo.
Sabe para tu consuelo
que esto le puede salvar. (*Entregándola un pliego.*)
MARG. ¡Ah! ¡Gracias!
FELIX. A una mujer
le ha llamado la ambicion.
Toma... esa es su salvacion;
rómpelo... y perdió el poder.
MARG. ¡Quiere á otra! Bien lo temia.
FELIX. ¿No has visto la turbacion
de Hortensia? Es su acusacion.
MARG. ¡Dios mio!
FELIX. ¡Pobre hija mia!
MARG. ¡Era Hortensia!
FELIX. ¡La amistad!
Rompe el papel... y perece.
Rómpelo! Luis lo merece:
á otra dá su voluntad.
Rásgalo: tu mayor mal
este pliego dicta y sella: (*Dándole otro pliego.*)
para casarse con ella
va en él la licencia real.
MARG. ¿Y qué es esa pasion vana
para que tal cosa hiciera?
Ya que amante no me quiera,
moriré siendo su hermana.
Él nuestro amor está viendo...
querrá mas... ¡será mas bella!
Que viva feliz con ella,

aunque yo viva muriendo. (*Ahogada por el*
FELIX. ¡Asi te creí! ¡sublime, (*llanto.*)
grande, incomparable, pura!
¿A quién, Señor, das ventura
si este ángel padece y gime?
MARG. ¡Ay!
FELIX. Oye. Aunque amor profundo
al recibirlo te ofrezca,
no esperes que lo agradezca...
nadie agradece en el mundo.
Hacer bien sin ver á quién
es la virtud que acrisolo...
El bien se debe hacer solo
por el placer de hacer bien.
Olvido un ingrato pecho
tal vez podrá en pago darte;
¿mas cuándo podrá quitarte
el placer de haberlo hecho?

ESCENA XIV.

DICHOS.—D. FACUNDO.

FACUNDO. Don Félix! (*Entrando apresuradamente.*)
FELIX. ¿Qué?
FACUNDO. Se perdió.
FELIX. ¿Qué dice usted?
FACUNDO. Han votado.
FELIX. ¿Y?...
FACUNDO. Y ha sido derrotado.
MARG. ¡Dios mio!
FACUNDO. Luis... acabó.
Aquello... (*Significando dinero.*)
FELIX. Será cumplido. (*Con desprecio.*)
FACUNDO. Adios. Me voy descuidado.
(¡A vender! Él ha bajado; (*Con brutal ale-*
pero el papel ha subido.) (*gria.*)

ESCENA XV.

D. Felix, Margarita.

Marg. ¡Dios mio! ¡Perdido!
Felix. ¡Aun no!
Con sus colegas en guerra,
hubiera venido á tierra;
pero le quedaba yo.
A uno de ellos tiempo há
la vida salvé: le he hablado,
y por yo haberle salvado,
él á Luis salvacion dá.
Correspondiéndome fiel
y mirando mi afliccion
alcanzó su salvacion
envuelta en ese papel.
Marg. ¿Aun hay esperanza?
Felix. Hay mas:
seguridad.
Marg. ¡Oh! Pero...
¿cómo tan presto cayó
de tan alto?
Felix. Oye y sabrás.
Los ojos siempre hácia arriba,
en su delirio cruel,
no miró que tras de él
otro caminando iba.
Consiguiendo ser vocal
con buena maña é influjo,
Silva tras él se introdujo
en la junta electoral.
Tocó el oculto registro
con que le habia elevado,
y fué electo diputado
cuando Luis llegó á ministro.
Marg. Mas cómo?...
Felix. No es todo esto.
En su partido brillante
Luis dejó un puesto vacante,
y Silva ocupó ese puesto.

Hipócrita y obediente
mientras le miró seguro,
hoy que lo ve en un apuro
le hace guerra frente á frente.
Caerá Luis, él subirá
á ese tan ansiado potro;
mas como él fué tras el otro,
otro tras su huella va.
Y le hará caer; y cuando
piense del triunfo gozar,
otro le vendrá á empujar
que á su vez caerá rodando.
Este es el mundo. El poder
nadie goza hasta la muerte.
¡Todos caen! ¿De esta suerte
quién le puede apetecer?
Los que habeis el alma enferma
con ese maldito afan,
ved la historia: alli Beltran,
Olivares, Luna y Lerma.
Perez, que á la Europa espanta
y es su dueño en paz y en guerra,
no tuvo un palmo de tierra
donde colocar su planta.
Veráslos con sus pesares
dó quiera que los aceches:
pregunta si no á Loeches
cómo murió el de Olivares.
Si en alas de la fortuna
Luna colmó su grandeza,
ved rodando la cabeza
de don Alvaro de Luna.
Afan por llegar alli,
lucha horrible en el poder,
y tras esto hay que caer,
¡porque Dios lo manda asi!
La historia con claridad
de mostrárnoslo se encarga:
es una verdad amarga,
pero es una gran verdad.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—LUIS.

Luis se presenta abatido en la puerta izquierda del foro. D. Félix al verlo dá un paso hácia él; pero se detiene y va á colocarse junto á la puerta izquierda. Margarita hace el mismo movimiento que su padre y se coloca junto á la puerta de la derecha. Luis dá algunos pasos hasta quedar en el centro de la escena. (Pausa.)

MARG. ¡Luis!
FELIX. ¡Luis!
LUIS. ¡Ah! Pero no, no:
(*Queriendo correr hácia ellos y conteniéndose avergonzado.*)
cuanto mas grande y mas digno
vuestro afecto, mas indigno
de merecerlo soy yo.
MARG. ¡Luis!
FELIX. Ya apuraste las heces
de ese cáliz deseado.
El caer te ha purificado.
LUIS. ¡Si se naciera dos veces!
FELIX. Lloroso imploras perdon
por tu olvido... No le nombres:
antes que todo, á los hombres
les pido yo corazon.
LUIS. ¡Dios mio! Ya ni aun podré
dar reparo á mis acciones;
derrotado en las secciones
en las Córtes lo seré.
Mañana la votacion
me lanzará de mi puesto...
Ya no soy nada... tras esto
aceptan mi dimision.
Ingrato con todos yo
á uno solo protegí:
ese, á quien tanto subí,
ingrato me derribó;

y con datos inesactos
quiere acusarme y perderme.

FELIX. ¿Qué dices?

LUIS. Que quiere hacerme
responsable de mis actos.
A una mujer mi ambicion
me hizo dirigir la vista,
y ufana con mi conquista
dióme ella su corazon.
Cuando me miró elevado
era yo su bien querido...
ahora, que vuelvo caido,
ni siquiera me ha mirado.
Hace poco, me veia
cercado de incienso vano:
ahora... no veo una mano
que venga á estrechar la mia.

(Don Felix estrecha entre las suyas la mano de Luis, que baja la cabeza avergonzado, y dice despues de una pausa.)

¡Gracias! Quien tal llegó á ver,
quien esto viene á tocar,
¿para qué quiere mandar?
¿para qué quiere el poder?

FELIX. Dime, Luis, si ahora pudieras
al falso amigo perder
y humillar á esa mujer,
di la verdad, ¿no lo hicieras?

MARG. (¡Ay!...)

LUIS. Yo...

FELIX. En mis fuerzas confio
y el gobierno te prometo.
¿Vacilas? Toma.

(Tomando el pliego de manos de Margarita y entregándolo à Luis.)

LUIS. ¡Un decreto
de disolucion! ¡Dios mio! *(Con alegria.)*

FELIX. (¡Infeliz!) Puedes cerrar
la Asamblea.

LUIS. ¡Estoy salvado!
De nuevo seré adulado...
¡Cómo los voy á humillar!

Voy...

FELIX. Tente. Esta real licencia
lee. (*Entregándole el otro pliego.*)

LUIS. ¡Para casarme! ¡Oh!
¡Con Margarita!

FELIX. No.

MARG. No.
Con la que amas: con Hortensia. (*Haciendo*

LUIS. ¿Pero?... (*un esfuerzo.*)

FELIX. Indispensable es:
todo lazo aqui se trunca.
No quiero que digas nunca
que obramos por interés.

LUIS. ¡Dios mio!

FELIX. Presente ten
que del pliego hacer el uso
que quieras puedes.

LUIS. No rehuso.
¿El que quiera?... Este.

(*Devolviéndoselo á D. Felix despues de un momento de vacilacion.*)

FELIX. ¡Hijo, bien!

(*Carlos atraviesa el foro con aire de triunfo dando el brazo á Hortensia y seguido de D. Facundo y otras muchas personas que le felicitan.*)

LUIS. Ahora... ¡Adios! Voy á partir.

MARG. *y* FELIX. ¡Luis!

LUIS. Que huya de aqui dejad.
Me asesina esa bondad,
y oscuro quiero morir.

MARG. ¡Calla!

LUIS. A ser feliz nací,
y el mundo ví encantador;
un ángel me dió su amor...
yo al ángel no comprendí.

MARG. ¡Ay!

LUIS. Entre delicias puras,
que el cielo me prodigaba,
mi vida se deslizaba
sin pesares ni amarguras.
Hoy vuelve á ese corazon
mi pecho de amor henchido,

y hoy... ¡hoy todo lo he perdido
por mi maldita ambicion!

MARG. ¡Todo! (*Con firmeza.*)

FELIX. ¡Margarita! (*Suplicante.*)

LUIS. ¡Ah!

MARG. ¡Cómo el recuerdo tortura
de ese tiempo de ventura!

LUIS. ¿Quién no lo recordará?
Cuántas veces al morir
del sol la luz postrimera
íbamos por la ribera
del fresco Guadalquivir...
y esclamábamos los dos
entre el murmullo del rio:
«¡Qué gloria es amar, Dios mio!»

MARG. ¡Bendito seas, gran Dios!

LUIS. ¡Adios! Al que fué tu hermano,
y hoy tus miradas evita,
concederás, Margarita,
que estampe un beso en tu mano?

(*Margarita despues de mirar un momento á D. Félix le alarga la mano con timidez.*)

¡Me voy por siempre!

MARG. ¡Oh!

LUIS. Mi amor...

MARG. Vive en quien sabe querer. (*Con arrebato.*)

LUIS. Yo tu flor di á otra mujer.

MARG. Yo te devuelvo esa flor. (*Dándosela.*)

LUIS. ¡Oh! y he pagado en desvios
tan puro y celeste anhelo?
¡Perdon!

FELIX. ¡Gracias, santo cielo!
¡Sed felices, hijos mios!

(*Estrechándolos en sus brazos.*)

LUIS. ¡Margarita!

MARG. ¡Luis! ¡Luis! (*Fuera de sí.*)

LUIS. ¡Padre!

MARG. ¡Oh!... ¡me mata la alegria!

FELIX. Una lágrima, hija mia,

(*Con voz ahogada por los sollozos.*)

para tu difunta madre.
La lágrima que una hija

por ella en su dicha vierte,
en el seno de la muerte
á la madre regocija;
y si ardiente se derrumba
del párpado al mármol frio,
es... la gota de rocio
que la refresca en su tumba.

MARG. ¡Oh madre, si asi me vieras!...

FELIX. Te viera vivir sin duelos.
Y ahora, Señor de los cielos,
dispon de mí cuando quieras!
En la senda del error
lanzado por desventura,
yo, miserable criatura,
no conté con mi Creador.
Cuando vi al mundo rodar
de la ambicion al abismo,
y miseria y egoismo
donde quiera vine á hallar...
Cuando grande me miré
y eché al mundo el escalpelo,
y al disecarle, en el suelo
solo mentira encontré,
la humana filosofia
siguiendo con ansiedad,
creí que la sociedad
á su desquicio corria.
Entonces, lleno de tédio,
me encerré en mi horrible ciencia,
y olvidé la Providencia
no viendo á este mal remedio.
Y era, que este mal al ver
con escrutadora calma,
me olvidé de que mi alma
emanaba de otro Ser;
de otro Ser por cuyas huellas
caminar no nos fué dado;
de ese Ser que ha tachonado
el firmamento de estrellas.
Y era, que en mi loco vuelo
la mente no remontaba;
y siempre al mundo miraba,

y nunca miraba al cielo!
Y era, que del mal en pos
no vi de dó el bien refluye...
Y era... ¡que el hombre concluye
en donde comienza Dios!

FIN DE LA COMEDIA.

POST SCRIPTUM

DE LA PRIMERA EDICION.

En la tercera página de esta obra se ha rendido un tributo de gratitud y afecto al célebre literato que no desdeñó tender una mano salvadora al jóven escritor oscuro y desconocido, que tal vez henchida el alma de amargos desengaños, y sin una esperanza que le alentase, iba á abandonar para siempre la carrera porque siempre habia suspirado, como se abandona el agua cuando la sed abrasa nuestra boca, como se abandona la luz cuando no podemos vivir en las tinieblas: resignado; pero herido de muerte en el corazon. Ingrato seria, sin embargo, si pasara en silencio lo que á otros debe; si no dijera que el señor Arjona, el artista eminente que el público aplaude una y otra noche, no contento con acogerle como un hermano, ha duplicado el escaso mérito de su comedia, dirigiéndola y ejecutando el dificilísimo papel del protagonista con un acierto de que hay muy raros ejemplos en nuestros teatros; si no dijera que la Sra. Lamadrid ha divinizado á Margarita, como diviniza cuanto toca; si callara que el Sr. Calvo ha hecho en el Don Facundo una verdadera creacion, superando con mucho sus mas ardientes deseos; que el Sr. Ossorio, con un tino poco comun, ha dado el conveniente colorido á un carácter complejo, cuya dificultad en la ejecucion es de todos conocida; que la Sra. Rodriguez y el Sr. Tamayo, representando figuras de segundo término, han sabido

colocarse muchas veces en primero ; en fin, que el éxito de la obra en las quince veces que hasta el dia en que se escriben estas líneas se ha representado, éxito tan superior á cuanto el autor pudiera imaginar, tanto como que á él se debe á los actores. Mucho temia que una comedia de trama tan sencilla por la naturaleza de su género, y que quizás es el primer ensayo de él, en la que se atacan de frente muchos de los vicios de la misma sociedad que habia de oirla, no diera un resultado muy lisonjero. Cuando asi pensaba hacia una injuria á los que habian de ponerla en escena.

Tal vez alguno tache de aduladora esta espresion de sus sentimientos, que el autor se complace en hacer pública. El que esto crea, ó será muy dichoso, y debiéndoselo todo á sí mismo, no habrá podido comprender lo que es agradecimiento, ó muy desdichado y digno de lástima, porque para llamar adulacion á la gratitud se necesita tener cerrada el alma á todos los afectos nobles y santos.

7 de Febrero de 1853.

LA ESCENA ESPAÑOLA.

OBRAS DRAMATICAS

DE

D. LUIS DE EGUILAZ.

PERTENECIENTES Á ESTA COLECCION.

Verdades amargas.
Alarcon.
Las prohibiciones.
Una broma de Quevedo.
El caballero del milagro.
Una virgen de Murillo (1).
La vergonzosa en Palacio (2).
Una aventura de Tirso.

(1) Escrita en colaboracion con D. Luis Mariano de Larra.
(2) Música de D. Manuel Fernandez Caballero.